Florence Thomas

Género: Femenino

Un ensayo autobiográfico

AGUILAR

© MAURICIO ÁNJEL

FLORENCE THOMAS

Nació en Rouen, Francia. Es psicóloga y magíster en psicología social de la Universidad de París.

Desde 1967 se encuentra vinculada a la Universidad Nacional de Colombia como profesora titular y emérita del Departamento de Psicología; y desde 1985 es coordinadora del Grupo Mujer y Sociedad del mismo centro docente. Feminista activista, además es asesora de organismos oficiales no gubernamentales en el campo de la problemática femenina y los estudios de género.

Ha escrito varios libros, entre los que se destacan *El macho y la hembra reconstruidos*, *Los estragos del amor*, *Conversación con un hombre ausente* y *La mujer tiene la palabra*.

Desde 1999 es columnista del diario *El Tiempo* de Bogotá.

Florence Thomas
Género: Femenino

Florence Thomas
Género: Femenino

Un ensayo
autobiográfico

AGUILAR

AGUILAR

© 2003, Florence Thomas

© De esta edición:
2003, Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.
Calle 80 No. 10-23
Teléfono 635 12 00
Bogotá, Colombia

• Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.
Beazley 3860. 1437, Buenos Aires

• Santillana Ediciones Generales, S.L.
Torrelaguna, 60. 28043, Madrid

• Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A. de C.V.
Avenida Universidad 767. Colonia del Valle
03100 México, D.F.

ISBN: 958-704-062-7
Impreso en Colombia

Diseño de cubierta: Nancy Beatriz Cruz Sánchez

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser
reproducida en todo ni en parte,
ni registrada en, o transmitida por,
un sistema de recuperación
de información, en ninguna forma
ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético,
electroóptico, por fotocopia,
o cualquier otro, sin el permiso previo
por escrito de la editorial.

Dedico estas páginas a las mujeres colombianas
que me ayudaron a nacer.

Una mujer es la historia de sus actos
y pensamientos, de sus células y neuronas,
de sus heridas y entusiasmos, de sus amores
y desamores. Una mujer es inevitablemente
la historia de su vientre, de las semillas
que en él se fecundaron o no lo hicieron
o dejaron de hacerlo... Una mujer es la historia
de lo pequeño, de lo trivial, de lo cotidiano,
la suma de lo callado. Una mujer es siempre
la historia de muchos hombres. Una mujer
es la historia de su pueblo y de su raza. Es la historia
de sus raíces y de su origen, de cada mujer que
fue alimentada por lo anterior para que ella naciera:
una mujer es la historia de su sangre.
Pero también es la historia de una conciencia
y de sus luchas interiores. También
es la historia de su utopía.

Dice Josefa en *Antigua vida mía*
de Angeles Mastretta

A modo de advertencia

Soy francesa. Escribo en español. Mi lengua materna es el francés y fue mi único idioma hasta que cumplí 24 años. Hoy sueño, pienso y escribo en español.

Hace 35 años, cuando llegué a Colombia, escasamente sabía decir «sí» y «no» en español. Llegué por amor, por amor a un colombiano, y como es bien sabido, éste es el mejor motivo que existe para aprender un idioma, porque permite adentrarse en él desde el cuerpo, la piel, las caricias, la lengua, y sus palabras más dulces. Creo que la palabra «beso» fue la primera que conocí en español. Algo más tarde, trabajando como docente en la Universidad Nacional de Colombia, continué mi iniciación en el español por medio de una extraña mezcla de palabras propias del saber psico-sociológico —soy psicóloga de formación y en esta universidad fui responsable del Área de Psicología Social durante más de 25 años— y de un vocabulario político específico de los años setenta y ochenta del *campus* universitario. Conocí los vocablos «Juco», «Moir» y «mamerto» antes de conocer palabras como

«escoba» o «níspero»... Por cierto, el hecho de no tener contactos con la colonia francesa de Bogotá me permitió, sin duda, avanzar con relativa rapidez en mi aprendizaje del español. Mis hijos no estudiaron en el Liceo Francés sino en un colegio colombiano, y con ellos siempre hablé español, por lo menos durante sus primeros años. Sólo más tarde los inicié en el francés.

Sí, hoy sueño en español, pienso en español, escribo en español. Soy francesa y nadie lo duda, pues el acento —esa particular imposibilidad de pronunciar las eres que me obliga a decirles aves a los pájaros y automóviles a los carros— no me ha abandonado. Me gusta que así sea, porque sé que nunca dominaré del todo el español, y tampoco lo pretendo. Además, es mi manera de asumir mis dos mundos —esas dos patrias que poco a poco se volvieron *matrias*—, de no olvidar mi infancia, mi memoria de olores, de estaciones, de mares fríos —soy normanda—, mi memoria blanca de nieves y de *croissants chauds* los domingos.

Soy francesa, pero casi nunca escribo en francés. Pienso, sueño, me enamoro y escribo en español. La palabra «mujer» ya no puede ser *femme*; la palabra «hombre» ya no puede ser *homme*. Pero las palabras «amor» y *amour* afortunadamente siguen casi confundidas. Escribo en español, y lo que escribo no podría escribirlo en francés.

Me gusta escribir pero no soy, ni nunca lo seré, una escritora. Trato de escribir desde mi ser mujer, desde una creciente conciencia de ser mujer en Colombia. Tratar de imprimir este ser mujer en mi escritura es, hoy por hoy, suficiente. Y ahí está mi acento, para no olvidar.

El avión llegó a la hora exacta, hora alemana. A pesar de los latidos acelerados de su corazón, sentía una extraña calma al verlo a través de la puerta de vidrio. Verlo con la gabardina que ya conocía la tranquilizó. Pensó que era agradable reconocer esa gabardina; esa prenda lo hacía más familiar, más cercano, como si fuera un marido esperando a su mujer después de un corto viaje. Él se acercó, la miró y aguardó a que ella iniciara los gestos anhelados por ambos. Ella dejó el bolso en el suelo con una duda generada por 30 años de vida en Bogotá y pasó una mano detrás de la nuca del hombre para acercar su cara a la suya. Lo besó en la boca y en sus labios nuevamente encontró aquella sensación de resistencia y tibieza que tanto le gustaba. Con ese primer beso, después de un año de no haberlo visto, sólo quería asegurarse de que se trataba de esa misma boca, la que ella conocía hacía más de 30 años... Apretó más su cara a la suya y entonces le dio el beso que significaba que todo volvía a empezar. Se sentía más tranquila que en otras ocasiones, pues esta vez no había imaginado nada, no había construido

de antemano un guión del reencuentro. Estaba decidida a tomar las cosas como vinieran. Eso creía.

—¿Todo bien? —preguntó él, mirándola casi sin sorpresa, como si la hubiera dejado tres días atrás.

—Todo bien —respondió ella, sintiendo ya el peso de las palabras. Hubiera preferido quedarse un rato más en silencio, dejando la responsabilidad del reencuentro a las sensaciones corporales, pues desde hacía unos años sabía que para estos menesteres sus cuerpos eran más sabios que sus palabras. Esto pensaba para sí misma. Ahora que tenía más de 50 años, de los cuales 25 los había dedicado a elaborar discursos comprometidos, construidos desde un continente, una tierra, un país, una ciudad tan inmensamente alejada de Berlín y de la realidad europea, sabía que sólo sus cuerpos podían intentar el reencuentro sin demasiado malestar... Al menos ya no tenía ilusiones. Sólo necesitaba verlo, sentirlo una vez más y confirmar tranquilamente, sin amargura, sin decepción, algo que ya presentía, porque lo clamaba en cada una de sus conferencias allá, en Colombia, aunque no lo aceptaba del todo para su propia vida...

Él alzó el bolso y pasó su brazo sobre los hombros de ella como lo sabía hacer, tan bien y naturalmente. Salieron del aeropuerto para dirigirse al parqueadero.

El aire fresco de Berlín, ya casi frío por la época, la sorprendió a pesar de que se había preparado para ello. Era la tercera vez que iba a Berlín y no podía imaginarse la ciudad de otra manera que fría, lo cual de alguna manera le gustaba, porque pensaba que proporcionalmente al frío de la ciudad correspondería el calor de los brazos de Martin. Una vez instalados en el carro de Martin, él la miró y le dijo, como cada vez que la volvía a ver: «Estoy feliz de que hayas venido». Ella no respondió. No había nada que responder porque sabía que en esos momentos el sentido de la felicidad para Martin era algo muy primario, muy liviano y poco comprometedor… y a la vez muy cierto. Martin era así, simplemente estaba feliz porque ella había vuelto una vez más. Su poder de convicción y seducción seguía intacto.

El trayecto para llegar al apartamento le pareció corto, probablemente porque esta vez Berlín no le era del todo desconocido. Ella volvía a encontrar tenues referencias a pesar de no entender nada de ese idioma que la ubicaba en una posición de incómoda dependencia respecto a Martin. Hablaron poco y de cosas intranscendentes. Él, aprovechando un semáforo en rojo, puso su mano derecha sobre el muslo de ella y la miró con esa mirada tan masculina que ella conocía.

Así, sin palabras, le pedía, le suplicaba que no complicara las cosas, que no desordenara su lógica de hombre práctico y simplemente feliz, que no preguntara demasiado, que le diera lo que él demandaba sin ser capaz de expresarlo, que aceptara ese encuentro tal como él lo quería vivir. Pero por el momento ella no quería pensar en nada. Sólo sentía que, a pesar de la memoria común de sus adolescencias y de haberlo reencontrado hacía unos cinco años, de los cuales sólo había pasado algunos días a su lado, la brecha que los separaba era enorme. Pero lo había hallado en un momento en que ella necesitaba recuperar su pasado, reconciliarse con los paisajes de su infancia, de su adolescencia, de sus 20 años, con los habitantes de sus sueños inconclusos y los demonios de un pasado inscrito en la piel, con los cuales quería aprender a convivir. A los 55 años, una debe ser capaz de vivir en paz con sus fantasmas, que ya tienen cara de demonios amigables. Es la única manera de gozar aquello que llaman tercera edad, expresión que sabe tanto a Tercer Mundo... Y Berlín era la ciudad apropiada para ello: una ciudad en construcción —como ella—; una ciudad que había aguantado —como ella— la estupidez de los hombres, de sus guerras y de sus ideologías, casi todas absurdas y abominables; una ciudad que ha-

blaba un idioma que ella no entendía, un lenguaje que tenía tantas connotaciones negativas para una mujer como ella, nacida en plena guerra mundial, en Normandía... Una ciudad que tal vez le permitiría entender con más claridad lo que habían significado 30 años de su vida en Colombia, en Bogotá, esa Bogotá tan absolutamente lejana de Berlín. Sí, ella necesitaba encontrarse con ese habitante francés de Berlín, con ese amante francés que vivía en Alemania. Lo necesitaba para entender el tejido de su vida.

Habían llegado a su barrio. Ella reconocía las avenidas, el parque y, a la vuelta de la esquina, el edificio donde vivía Martin. Era una vieja edificación que había resistido los embates de la guerra, o más exactamente de la posguerra, cuando Berlín fue arrasado. Nada había cambiado. Afuera del carro el frío era igual. Cuando entraron en el viejo y ruidoso ascensor, él la abrazó. Esos cinco pisos fueron dulces de subir. Debió admitir lo delicioso que era reencontrar la firmeza de unos brazos masculinos, su boca tibia, la certeza de que ella nunca podría llegar a odiar a los hombres, pero sobre todo la confirmación de que su militancia feminista no la alejaría de ellos ni de todo lo que significan cuando se logra olvidar que pertenecen a una raza —no, perdón, a un género— a menudo execrable.

Ella seguía sensible al olor de su piel y a esa extraña sensación de que toda teoría se desvanece ante el sabor de una boca masculina. Experimentó un enorme alivio al constatar que seguía intacta en su piel de mujer, de mujer deseada y deseante.

Se sentía dispuesta a vivirlo plenamente durante esos tres días berlineses, porque en Colombia todo era a otro precio. En Bogotá las teorías feministas, la mirada de género y la militancia permeaban su razón de ser. En Bogotá las expectativas de la gente que creía en ella, su práctica profesional articulada del todo con esa extraña perspectiva que llaman «de género», le habían construido, de alguna manera, una segunda identidad, a veces demasiado pesada. En Bogotá le era muy difícil olvidar todo ese corpus teórico feminista para refugiarse en una mirada masculina, en unos brazos de hombre, en el deseo del otro y la irresistible trampa narcisista que representa.

Habían llegado al quinto piso. Martin abrió la puerta de su estudio. Entraron y ella supo que se encontraba en un lugar habitado por un hombre. Para saberlo bastaba sentir el olor particular que imprime un fumador a todo su entorno, observar esa clase de desorden genérico que había conocido anteriormente en otros estudios, apartamentos o casas de hombres,

o en las habitaciones de sus dos hijos varones. La misma manera de habitar el interior con una singular indiferencia por la estética de las cosas, a menos que su estética fuera justamente lo que llamamos «indiferencia por la estética de las cosas»: una taza de tinto de hacía dos días sobre el escritorio, un ensayo fallido de florero al cual no se le cambia el agua desde hace varios días, las migas de pan del desayuno en el mantel de la mesa, la crema dental sin tapar en el baño, pero sobre todo la eterna frase «Sabes, cambié las sábanas esta mañana y tendí la cama antes de ir al aeropuerto» dicha con el tono de concesión que hacen los hombres, como pidiendo: «Espero que aprecies este detalle...» Cuando Martin pronunció esta pequeña frase, ella sonrió pensando en otros encuentros que se habían iniciado exactamente de la misma manera. Sí señor, lo aprecio. Por supuesto que aprecio este gesto heroico del género masculino que nunca olvida cambiar las sábanas impregnadas del olor de su último deseo con nombre de mujer. No hay duda, ¡la lógica masculina se mundializó! Pero no, no necesitaba mundializarse: existe y ha invadido todo desde hace muchos siglos. Por eso esta manera de ser de los hombres en los espacios interiores se puede encontrar en Nueva York, Buenos Aires, Madrid, Londres o Bogotá.

—De verdad, no sabes cómo me alegra que estés aquí... Comamos algo, me muero de hambre.

Recordó entonces que Martin tenía extrañas costumbres en lo referente a su alimentación. Nunca desayunaba y casi no almorzaba, porque en Berlín no existe el rito del almuerzo como en Francia o en Colombia, aunque en Colombia, si bien el almuerzo es importante, nunca tiene el mismo significado que se le da en Francia. Pero bueno, no era momento de hacer sociología comparada del acto de comer; sólo debía decirle si tenía o no ganas de comer algo. Le habían dado una colación en el avión y en verdad tenía el estómago demasiado permeable a los afectos y a las emociones como para querer comer.

—Ya comí en el avión. Pero prepárate algo y come. Estoy segura de que hace horas no comes nada.

—Creo que desde ayer —respondió Martin dirigiéndose a la pequeña cocina que comunicaba con la sala-alcoba. Abrió la nevera y sacó algunas de esas cosas que comen los hombres solteros o que viven solos: alimentos ya preparados o precocidos que se calientan en el microondas, cosas sin colores, sin olores ni sabores. Martin pertenecía a esa generación de hombres que no había aprendido a cocinar, y mucho menos a descubrir el goce de la cocina. Hombres de más

de 50 años que no habían sido preparados para esa mutación de las relaciones entre hombres y mujeres, y que jamás imaginaron que tendría semejante proporción. A los hombres de su generación les tocó asistir al derrumbe de las viejas referencias de la vida cotidiana sin entender muy bien lo que ocurría y sin imaginar que esta revolución no tenía vuelta atrás. No pudieron prepararse para este pequeño cataclismo de lo cotidiano como lo haría la generación siguiente, que ya mostraba señales, aunque tímidas, de alguna adaptación frente a los cambios de las mujeres, estas extrañas compañeras que sin pudor alguno pueden declarar hoy que no saben cocinar ni un huevo.

Ella lo miró comer su comida de hombre, tomar su cerveza de hombre, y escuchó detalles de su día de trabajo, de sus afanes para ir al aeropuerto en pleno trancón de hora pico y de todos los atajos que tomó para llegar a tiempo. Admiraba la manera que tienen los hombres de esquivar situaciones difíciles ocultando las aceleradas pulsaciones del corazón y descontaminando el ambiente de emociones; admiraba su capacidad de normalizar una situación extraña contando pequeños eventos del día como si ambos se hubieran dejado de ver esa misma mañana. Ella, por el contrario, todavía sentía la distancia, el tiempo y los meses

que los separaban; todavía no estaba con él: apenas lo veía comer, fumar, hablar; lo oía, pero no lo escuchaba. No podía hacerlo: hacía 11 meses que no se veían, casi un año a 10 mil kilómetros físicos y subjetivos, a 10 mil kilómetros de su piel, de su mirada, de su vida, de sus afectos. Sí, admiraba la lógica simplificada de los hombres, la misma que le hacía sentir la distancia que la separaba de ellos, de él.

¿Cómo hacen? —se preguntaba—; ¿cómo hace Martin para no darse cuenta de que no lo estoy escuchando? Esperaba sin esperanza que su silencio fuera capaz de revelar lo que todavía no podía comunicar con palabras. ¿Cuál es el afán? ¿Por qué no hay lugar para la contemplación, *l'apprivoisement*, ese *apprivoisement* que habían descubierto juntos hacía más de 30 años, cuando *Le petit prince* les enseñaba a amar en el jardín normando de sus 16 años?; ¿crees acaso que 20 minutos de pequeñas historias de tu día serán suficientes para que yo te reconozca, para que dentro de un rato me hagas el amor con la certeza de que soy la misma, de que no he cambiado, de que siempre volverás a encontrar a esta mujer que te permite, desde Berlín, reanudar con un pasado lejano que nos habita a los dos, ese pasado que es lo único que nos permite encontrarnos cuatro o cinco días cada año? Tal

vez intuyes —y quizás tengas razón— que sólo iniciaremos de verdad el reencuentro desde la geografía cálida de nuestros cuerpos y desde los caminos olvidados del placer.

Ella sintió rabia porque no quería aceptar que las cosas podían ser sencillas. De todos modos, no las percibía sencillas, y aceptar que lo fueran era como borrar lo que sentía, cosa que ya no podía hacer por la simple razón de que con el tiempo había aprendido a reconocer esa extraña manera de habitar el mundo que las mujeres hoy tratan de demostrar en medio de toda clase de resistencias; aceptarlo equivalía a hacer concesiones que ya no se podía permitir, a negar lo que sentía para dejar, una vez más, que la lógica masculina triunfara. No iba a permitir, ni siquiera en Berlín, concesiones que caminaran en contravía de la inaugural expresión de la subjetividad femenina.

Entonces, señor, deje tiempo a las emociones, a la respiración; por favor, no se niegue a sentir lo que siente y deje de demostrarme que se las sabe todas para ocultar mejor el misterio del encuentro.

De repente él entendió que sus esfuerzos por conversar anodinamente de cualquier cosa no resultaban, y se quedó en silencio mirándola. Martin era de esos hombres que declaran conocer bien a las mujeres y

que se lo creen porque hasta ahora ellas no los han desanimado en esta convicción generalmente propia de hombres seductores, infieles y buenos amantes, según la lógica erótica dominante. Conocer bien a las mujeres significa ante todo haber «tenido» o amado —para ellos es casi lo mismo— a muchas mujeres. Es una cuestión de éxito en el marco de la dominación simbólica masculina. Punto. Y Martin cuadraba perfectamente en esta categoría. Había tenido muchas relaciones amorosas, y aun cuando ella se sabía una de las privilegiadas por compartir con él un pasado marino ligado a sus primeras caricias de adolescentes, no ignoraba que sus manos estaban llenas de otras pieles, de otra piel, la de antenoche. Sabía también que existía una enorme distancia entre ambos, mucha espera e incluso un vasto olvido. Lo sabía y no le importaba. Por el contrario, le daba la posibilidad de amarlo libremente, sin compromisos ni promesas, de vivir un amor liviano y a la vez profundo por su misma liviandad que reafirmaba su escepticismo total respecto al amor. Ella podía amar hoy porque había dejado de creer en el amor. Y era con Martin con quien ella podía vivir mejor la extraña dulzura de un amor condenado.

Fue capaz de quedarse en silencio un rato. Era seductor y conocía algunas estrategias que no fallaban

con mujeres como ella. De repente, justo cuando el pequeño huracán de los afectos de ella se estaba calmando, Martin se levantó y empezó a desvestirse con una naturalidad que, una vez más, la irritó. Era la segunda vez que se irritaba en menos de dos horas... Mierda —pensó—, qué fácil es para un hombre de 55 años desvestirse frente a una mujer a quien no ha visto hace un año o más. Sí, se desvestía con la tranquilidad y seguridad de alguien que ha crecido, vivido y seducido en un mundo de hombres, desde un cuerpo de hombre instalado en un orden social que no le cuestionaba nada, que no le pedía nada en especial, sólo que siguiera siendo hombre. Y no es que Martin fuera un donjuán, no. No hacía nada especial para cuidarse; por el contrario, fumaba, se alimentaba mal, dormía poco, trabajaba 11 horas al día y tenía una vida sentimental más que complicada. Ya se le veían los años en la piel, en su cuerpo demasiado flaco, en su cara cansada, en sus cabellos plateados y en una especie de sensación que emanaba de todo su ser desnudo: estaba quemando energías más allá de las que disponía.

Ella lo miró y supo que debía corresponderle o iniciar una discusión que no se sentía capaz de llevar a cabo. Y corresponderle significaba empezar a desvestirse. La diferencia residía en que la correspondencia

era un imposible. Ella también tenía 55 años y un cuerpo que había aprendido, a pesar de más de 10 años de feminismo, que el orden social le exigía sin descanso estar a la altura si quería ser percibido. Su cuerpo no tenía sentido sino en los límites de la percepción y la mirada del otro. Un otro temible que nunca dejaba de exigir, de ordenar, de repetirle con todas las estrategias sociales posibles que si su ser corporal no cumplía las normas esperadas, mejor habría sido quedarse en casa y no atreverse a desnudarse frente a un hombre casi desconocido en una fría noche de Berlín, a más de 10 mil kilómetros de todas sus defensas teóricas de feminista latinoamericana. Se sentía como un producto de consumo alimenticio en uno de los supermercados de Bogotá. Se sentía con una fecha de consumo a punto de vencer. Lo único que podía esperar era que a este hombre, el mismo que unos días antes le había rogado por teléfono volver a Berlín, le gustarían los saborcitos amargos de la madurez de una mujer que él había amado a los 16, 17 y 18 años, cuando sus pieles saladas y quemadas por el sol de las vacaciones en una playa de Normandía sabían a algas marinas. Increíble que la gente pueda creer, en este principio de siglo, que las mujeres ya son iguales a los hombres. Civil, política y jurídicamente las cosas han cambiado

y existen progresos, por supuesto. Pero la mirada no ha cambiado. Está demasiado anclada en los poros de nuestra piel, demasiado inscrita en la memoria de nuestros imaginarios, en nuestras maneras de movernos, de actuar, de esperar y de soñar...

En el exacto momento de desvestirse ella percibió los límites de la famosa igualdad por la que tanto habían luchado las mujeres. Lo sintió tanto que no pudo quitarse toda la ropa de una vez, como lo había hecho Martin tan magistralmente. Ella había guardado sobre su piel desnuda una blusa larga que la protegía de la primera mirada demasiado violenta. No tenía miedo de sus piernas doradas por el sol de verano después de un mes de vacaciones en Ruán, su ciudad natal, adonde retornaba cada año por un corto tiempo.

Tenía miedo de su vientre, un miedo ancestral y muy profundo que ni siquiera había podido trabajar en sus años de psicoanálisis en Bogotá. No sabía el motivo, pues el suyo era un vientre de 55 años, común y corriente, algo redondo pero sin exageración. Sin embargo, nunca le había dado una satisfacción. Ninguna. Ni siquiera las de la maternidad, a pesar de haber tenido dos hijos a quienes quería inmensamente. Siempre supo de manera confusa que su vientre era la fuente de todos sus problemas en lo relacionado con

la construcción de una difícil identidad femenina. Ese vientre femenino, demasiado poderoso por generar vida, por generar lo viviente-pensante, tal vez ha sido la fuente de la cotidiana peste misógina que toda mujer vive, muchas sin saberlo... Pero no era el momento para diversiones socio-psicoanalíticas. Era el momento de los ritos inaplazables del amor que requerían inevitablemente la parálisis del pensamiento con el fin de que los cuerpos pudieran invadir el espacio, llenar la distancia que existía entre el uno y la otra y dar vía libre a esa ancestral comunicación hecha de percepciones y sensaciones que difícilmente caben en la fonética, en las veintisiete letras del alfabeto corriente, remitiéndonos a este otro modo de habitar el mundo que precedió a la aparición de los conceptos.

Él había paralizado su pensamiento así no más: ya estaba inmerso en la corporalidad; los ojos cerrados para no encontrarse con esta mirada femenina que —lo sabía por experiencia— no dejaba de interrogar, de retardar el momento de la ida definitiva al sí-mismo que pide el placer sexual tal como el mundo occidental lo quiso y lo diseñó. Y cuando se dice mundo occidental se dice, lógicamente, mundo masculino. El diseño de este placer, sus códigos, sus movimientos, sus ritmos, su inicio, sus silencios y su final triste en

nombre de «*postcoitus*, animal triste», todo es profundamente marcado por la angustiante primacía de una erección que define los lugares del sujeto y su objeto de deseo.

Martin la acariciaba lentamente; recorría su cuerpo poco a poco como diciéndole: «Mira, no voy a hablar, pero escucha mis manos; ellas conservan la memoria de nuestros anteriores encuentros, la resistencia y exacta tibieza de tu piel. Sé atenta a ellas, no pidas más. Déjame manejar esto como lo sé hacer bien...» Sí, lo sabía hacer muy bien; ella le había escrito varias cartas sobre esta habilidad particular que tenía para obligar al silencio, para despedir toda posibilidad de expresar verbalmente algo en ese instante. Ella se preguntó entonces por qué no era capaz de obedecerle, de someterse a su deseo; por qué tenía que ser tan complicada y exigente, si había hecho ese viaje para volver a sus brazos.

¿Qué quería? No lo sabía. Ninguna mujer lo sabe en ese preciso momento. De hecho, no quería nada preciso. Tal vez sólo necesitaba tiempo. Tiempo: lo que los hombres parecen nunca tener cuando se trata del amor. Tiempo para la contemplación, para recordar el lento paso de la animalidad a la humanidad, para no dejarse asustar por el peso de las palabras ni engañar

por la inmediatez de los cuerpos, de las terminaciones nerviosas que producen sensaciones que ya no pueden existir por sí mismas, sino envueltas en una red de interpretaciones, de expectativas, de carencias que son el precio que se tiene que pagar por esa conversión en animales simbólicos. Tiempo, señor.

No, Martin ya sabía adónde iba, tenía un fin a donde llegar y no le iba a dar tiempo. Ella ya sabía esto. Es como si los hombres no dispusieran de ese tiempo; no lo tienen ni lo necesitan. No le quedaba más que tratar de acoplarse a su ritmo y esperar mejores momentos —tal vez mañana, tal vez nunca— para decirle: «Un momento, señor, tengo algo que decir. ¿Puedo? Pero para esto necesito que abras los ojos y que dejes de creer que, con todo lo buen amante que eres, te las sabes todas. Déjame tratar de explicarte algo, déjame convencerte de que te queda mucho por aprender, por descubrir. Te aseguro que no es porque sabes acariciar, encontrar el clítoris de cada mujer —cosa que no es del todo sencillo, lo reconozco—, ser algo más paciente que el promedio de los hombres y controlar a la perfección los impulsos de tu deseo, que me convences. No, señor. Técnica y oficialmente tú eres un buen amante, sí, es verdad. ¿Pero quién te dijo que eso es suficiente ante el inaugural deseo de existir y sentir

de las mujeres? ¿Quién te engañó con ese cuento? Seguro que fueron las mismas mujeres las que te convencieron... Sí, lo sé. Así es. Y ni siquiera me enfurece, pues sé que después de miles de años de existir en una condición de objetos, empezar a sentir y aprender a expresarse como sujetos, o más exactamente, como sujetas, no es algo que pueda producirse fácil ni rápidamente».

No, no había hecho semejante viaje para iniciar un pleito en la primera noche. No podía asumir esta posición que fácilmente sería tildada de feminista aburridora o de intelectual que complica todo; además, se había hecho el propósito de tratar de vivir las cosas tranquilamente, con serenidad, dejando atrás por un rato los senderos de la posmodernidad y sus inquietantes preguntas para Bogotá. Estaba en Berlín y no podía darse el lujo de pensar e interrogarse como en Bogotá. Había hecho este viaje para reencontrarse con este hombre que todavía la deseaba, y si quería lograrlo tenía que vivirlo desde la mujer ancestral que aún la habitaba por ratos. Tenía que aceptarlo: no estaba en Berlín para cambiar a Martin sino para sentirse, una vez más, deseada. Tenía que aceptarlo y punto. Pero le era difícil y se sentía atrapada en sus propias contradicciones.

Martin era paciente e inteligente en los límites de su masculinidad. También era hábil. Le dio tiempo. Sí, pero de ese otro tiempo, ese tiempo táctico que no era el suyo. Por experiencia, Martin sabía que las mujeres necesitan tiempo y sabía cómo dárselos. Ella tenía que reconocer que era un mago de dominio sobre sí mismo, y sus manos eran brújulas para encontrar caminos, atajos y sendas que ella pensaba olvidadas para siempre. Sin duda, dentro de los límites de la sexualidad occidental, era un mago. Casi demasiado.

Se le vinieron a la mente algunas páginas de los viejos maestros Master y Johnson que hicieron furor en los sesenta. Sí, Martin aplicaba perfectamente bien las instrucciones del manual de una sexualidad satisfactoria y placentera. Y se las sabía todas, o casi. Mientras una no pregunte de qué «todas» se trata y cómo fue definido ese «todas», todo va bien. Definitivamente no podía dejar la crítica, la pensadera. Sabía que Martin se esforzaba por hacer las cosas bien; por eso de repente se sintió injusta con él, con sus esfuerzos de macho moderno, instruido y experimentado que todavía la deseaba. ¿Qué quería y qué había venido a buscar a Berlín? ¿Un hombre fantasma? ¿Un hombre de la ilusión? ¿Un hombre no nacido? ¿Un hombre femenino desarticulado de su ancestral masculinidad? ¿Un

hombre dispuesto a dejarse asombrar por el misterio de este nuevo ser llamado mujer? ¿Un hombre que no hubiera traicionado esta revolución que ella y millones de mujeres en todo el planeta estaban realizando? No, señora. Deje de soñar. Usted ya sabía que iba a ser así porque ya lo había vivido con otros hombres e incluso con éste desde que se habían vuelto a encontrar.

Por corto tiempo la película se paralizó y el monólogo silencioso se detuvo. Ella estaba habitada. Sentía una dulce pero insistente e irremediable invasión que le indicaba que el fin se aproximaba, al menos ese fin de ellos que a menudo no es sino un preludio o, a lo mejor, un intermedio para ellas. Este fin que el idioma español describe como «venirse», cuando por supuesto consiste en todo lo contrario: uno se viene cuando está ido del todo. No hay nada más solitario que el acto sexual. O sí: tal vez la muerte. Por algo será que el mundo occidental asocia tanto el erotismo con la muerte. La película volvía a funcionar... Lo miraba. Ojos cerrados, músculos de la cara en tensión al unísono con los músculos de todo su cuerpo, gemidos acelerados, ritmos acelerados, latidos del corazón acelerados. Él ya no podía detenerse ni lo quería porque ya no estaba con ella. Estaba con una hembra cualquiera, o sea con él mismo.

Por culpa de esa mirada crítica que ya la habitaba sin remedio, no había podido avanzar mucho, ni siquiera tratando de acordarse de lo que decían los mejores manuales de sexualidad oficial. Bueno, mañana sería otra cosa. Ella se sabía lenta para el placer y había aprendido a vivir con esto sin demasiadas complicaciones. Todas sus primeras noches con un hombre eran desconectadas, desfasadas, como si ella se hubiera situado «al lado». Necesitaba tiempo para re-conocer, re-ligar con una piel, un olor, un sexo extraño, tan extraño como puede ser un sexo de hombre para una mujer. Lo dejó terminar, sorprendida una vez más de la aparente sencillez del placer masculino. Un placer miles y miles de veces descrito, lleno de historias, de literatura —de la mejor y más refinada a la más sórdida y barata—; un placer que tiene códigos, referencias y que se inscribe en un tiempo finito; un placer adherido a una anatomía, a una fisiología, incluso a un órgano. Un placer que existe cultural y simbólicamente porque una ideología de muy remoto origen lo había plasmado en un orden cultural y social, borrando ese otro placer, el femenino, para el cual todo era inaugural pero nada aún estaba dicho. El misterioso no-lugar del goce femenino, ese «algo más» que no lograba definirlo, no le dejaba mucha espe-

ranza frente a la fuerza demoledora de una sexualidad oficial articulada casi exclusivamente a una libido masculina.

Martin ya abría los ojos, como un ahogado que de repente toca tierra y vuelve a la superficie del agua al mismo tiempo que retorna a la vida y reconoce a Florence, cuyo rostro por un rato se había desdibujado totalmente de su conciencia.

—Qué rico que estés aquí —murmuró.

—¿Sí? ¿Estás seguro de esto? Hace menos de un minuto ni siquiera me podías nombrar... estabas tan lejos...

—¿Estás segura de que no fuiste tú la lejana, la ida?

—No. Te amé con los ojos abiertos y no dejé de buscarte, pero no te encontré.

Martin tomó un cigarrillo, lo golpeó tres veces contra el vidrio de su reloj como ella siempre lo había visto hacer, lo prendió y espiró lentamente el humo como si fuera lo único que en ese instante quisiera expresar. Ella reconoció el cigarrillo-muleta de los hombres cuando no quieren o no pueden hablar; el cigarrillo que tacha la palabra de los hombres en momentos difíciles y transforma sus emociones en humo azul. El cigarrillo ritual de muerte física y emocional. El silencio se instaló entre las volutas etéreas del cigarrillo

que se consumía. Sus cuerpos seguían juntos pero sus historias, sus memorias, iban a necesitar mucho más para reconocerse.

Ya era tarde, más de medianoche.

—No sabes cómo me alegra que hayas decidido venir. No sé por qué pensé que este año no ibas a hacerlo.

—No iba a venir y no sé muy bien por qué estoy aquí, en este Berlín tan lejano, en tu cama tan poco mía, en tus brazos tan familiares y extraños... ¡Mentira!, sí sé por qué vuelvo a ti tres días al año, y creo que tú también entiendes por qué necesito volver. Te lo he escrito tantas veces desde Bogotá...

Martin ya dormía. Era la segunda vez en unas cuantas horas de compañía que él se alejaba de ella. Ella sabía que necesitaría tiempo para conciliar el sueño, o más exactamente para conciliar algunas emociones encontradas desde el momento en que se subió en el avión de Lufthansa en el aeropuerto de Roissy. ¡Cómo le habría gustado paralizar esa película mental como lo saben hacer los hombres! Ellos parecen tener un *switch out* que accionan y que les permite salir del rollo y desconectarse cuando lo deciden. Casi todos los hombres que ella había conocido lo tenían y lo sabían utilizar en momentos clave. ¡Buenísimo! ¡O

tal vez no! Tal vez esta parálisis, a la larga, les hace mucho daño, pero por lo menos les permite dormir apaciblemente algunos minutos después de hacer el amor. Tal vez tengan razón: ¿por qué tratar de expresar lo inexpresable, decir lo indecible...? Quizás piensan que no hay nada que añadir, mientras nosotras necesitamos filtrar las emociones del cuerpo con palabras. Es como tratar de encontrarle una salida fonética a esta ráfaga corporal y de la piel esforzándonos por transmitirla lingüísticamente. El cuerpo debe llegar a la escucha del otro. ¿Por qué esta necesidad, este deseo de que lo más arcaico pase por lo simbólico? ¿Por qué no aceptar que nuestro goce se quede en este «algo más» indecible definido por los hombres? Esa necesidad no le ayudaba a conciliar el sueño, y terminó viendo las primeras luces del amanecer cuando por fin se terminó la película...

Durmió dos o tres horas, hasta cuando sintió que Martin la abrazaba y le decía que se volverían a ver hacia las cinco de la tarde. Ya tenía que irse a la oficina; estaba atrasado. Había puesto música antes de irse porque se acordó de que ella amaba despertarse inmersa en ese otro lenguaje que la invadía sin preguntar, sin inquietar. Por el momento no quería pensar, todavía no... Trató de dormitar un rato más en esa

cama que no era la suya, pero no lo consiguió. Entonces se levantó y se dirigió hacia el pequeño balcón del estudio. Abrió la puerta y el aire frío de septiembre la invadió.

Se preguntó cómo se podía vivir en una ciudad que tenía sólo tres meses de verano y nueve de invierno. Septiembre ya olía a invierno... Claro que Bogotá tampoco era lo ideal: doce meses de octubre europeo, doce meses iguales, doce meses de amanecer a las cinco y treinta de la mañana y de atardecer a las seis y cuarto... un atardecer que dura veinte minutos. Doce meses de árboles verdes que se las arreglan para ocultar su otoño debajo de una especie de eterna primavera cansona. Sí, siempre le hizo falta ese tiempo biológico marcado por las estaciones cuando son cuatro de verdad y le imprimen ritmos, mediciones y estéticas cambiantes a la vida cotidiana.

Nunca le hizo falta el *camembert* ni el *paté de campagne*, ni siquiera al principio, cuando no se conseguía ninguna de esas cosas en Bogotá. Pero después de más de 30 años cerca del Ecuador le seguían haciendo falta las estaciones. Definitivamente ser aries en un continente sin estaciones no tenía sentido. Tal vez por esto se rehusaba siempre a leer cualquier tipo de horóscopos tropicales.

Cerró la puerta del balcón y se preparó el desayuno tratando de acordarse cómo se hervía agua en un microondas y dónde estaban las bolsas de té. Desayunó con música y se duchó en el diminuto baño de hombre. Olores de hombre, afeitadora eléctrica todavía enchufada, *aftershave* y colonia de hombre, toallas en el suelo. Claro que a la hora del té, todo esto no le extrañaba más de la cuenta, pues había vivido los primeros 25 años de su vida con dos hombres —sus hermanos—, y más tarde, 25 años con otros dos hombres —sus hijos. En cuanto a estéticas masculinas, nada podía sorprenderla. Lo que poco conocía eran los ambientes femeninos, pues nunca había vivido con mujeres o entre ellas. Su mundo había sido muy masculino durante mucho tiempo. Tal vez por eso había sido tan apasionante este descubrimiento tardío del mundo de las mujeres, cuando ya casi a los 40 años creó un grupo de estudio de mujeres en la Universidad Nacional de Colombia que la haría descubrir el sentido de la *sororidad* y tantas otras cosas que eran precisamente las que la torturaban en sus encuentros con Martin.

Dudó un tiempo antes de salir: confrontarse sola a una ciudad como Berlín, sin hablar una palabra de alemán, sin conocer la ciudad y con el único recurso

del plan detallado que le había preparado Martin para que tomara un bus que pasaba con precisión cada 20 minutos frente a la puerta de su edificio y que iba al centro en ocho paradas exactas. Eso representaba un reto para una mujer que vivía desde hacía más de 30 años en una ciudad caótica como Bogotá. Hizo un esfuerzo para desalojar estos viejos reflejos paranoicos de habitante del Tercer Mundo, los mismos que preparan todo el cuerpo a la máxima vigilancia, sin la cual difícilmente se puede caminar en la ciudad. Hacía tres semanas que estaba en Europa, recorriendo París o Ruán, pero Bogotá todavía habitaba y tensaba sus músculos cada vez que salía a la calle. Cada año le pasaba lo mismo. Empezaba a relajarse justo en el momento de volver a Bogotá.

Abrió la puerta del apartamento, llamó el ascensor y salió a esperar el bus que, por supuesto, pasó exactamente a la hora indicada en el plegable de rutas. Difícil creerlo, pero así era, y el simple hecho de que un bus pudiera pasar a las 10 y 23 minutos por la estación de Platz der Luftbrücke cuando el plegable así lo anunciaba le pareció una imagen perfecta del funcionamiento de gran parte de la vida cotidiana en algunas ciudades de Europa. ¡Qué maravilla! ¡Qué horror!... No sabía si sentir fascinación o repulsión.

A menudo repetía que durante los 30 años que había vivido en Colombia había pasado la mitad en esperar a la gente porque allá no hay nada menos seguro que la hora de una cita, la cual, sin embargo, ha sido fijada con mucho esmero. Una hora de vuelo anunciada para las 10 y 23 puede significar cualquier momento después de las diez y media. El tiempo es lo de menos; la espera, la sorpresa y la precariedad de todos los eventos, lo de más... Es probablemente gracias a esta sorpresa mezclada de precariedad que existe el realismo mágico en Colombia. El realismo a secas de los alemanes le sabía a seguridad y confort en tonos grises.

«¡Miércoles!, tengo que contar las paradas del bus porque lo único que sé es que tengo que bajar a la octava parada...», se dijo. Bajó en la estación indicada y se dio cuenta de que efectivamente se encontraba en pleno corazón de Berlín, o más exactamente, en uno de los corazones, pues la historia de esta ciudad es tan compleja que todavía hoy, después de 10 años de la caída del muro, es difícil atribuirle un centro. Hoy, después de muchos traumas y heridas, después de haber sido partícipe y cómplice de una de las guerras más mortíferas y absurdas del mundo, esta ciudad trata de encontrarse una identidad. Berlín, ciudad arrasada, sale paulatinamente de una larga convalecencia.

Es una ciudad decidida a vivir, en la medida de lo posible, lejos de los recuerdos. Una ciudad que se prepara para el tercer milenio con una cirugía estética monumental. Berlín la nueva, la unificada, la audaz, es una ciudad hecha para inaugurar todo, porque allí todo, o casi todo, es nuevo. Berlín limpia, joven, liviana, segura de sí misma...

Hacía una hora que caminaba por esta ciudad, mirando sus almacenes, sus habitantes tan disciplinados que, aun en ausencia total de circulación, nunca cruzaban una avenida si el semáforo para peatones no lo indicaba... Sonreía pensando en el caos de Bogotá, en las cebras del alcalde que creyó poder transformar el zoológico bogotano en un lugar civilizado para ciudadanos y ciudadanas de la modernidad. Puso mimos y teatreros en los cruces de avenidas con la esperanza de que las mímicas pudieran más que el castigo de la policía. Bogotá, un circo de verdad pero un triste circo, un circo al modo de Fellini, un circo en donde se confunden teatreros, mimos, vagabundos y habitantes de la calle de todas las edades y de expresiones miedosas cuando algo de humanidad los habita todavía, o vacías cuando las inhalaciones del Boxer, un potente pegante, los llevan al olvido de sí mismos.

Cruzar una calle o una avenida en Bogotá a menudo es un acto de irresponsabilidad. Están las cebras pero se fueron los mimos, y naturalmente quedan los automovilistas que nunca fueron peatones y para los cuales la única ley operante es la del más fuerte... Las cebras están ahí como para recordarnos que Bogotá es un circo, pero rara vez para permitirnos cruzar una calle sin miedo.

Entró en un café y pidió un capuchino, no tanto porque tuviera ganas de uno sino porque este café con leche recibe el mismo nombre en todos los idiomas europeos, y en la carta que le presentó el mesero fue lo único que identificó y que pudo nombrar sin temor de que no la entendieran. Mientras llegaba el pedido pensó que no tenía sentido seguir viviendo esta ciudad desde una incesante comparación con Bogotá. Tenía que dejar a Bogotá de una vez por todas, despojarse de ella, dejarla descansar en su desordenada y caótica belleza que no soportaba ninguna comparación.

«Amo a Bogotá —se oyó decir—. No sé por qué ni cómo, pero la amo y no quiero vivir más este dolor de estar a todo momento comparando cosas incomparables, ciudades incomparables, historias incomparables, vidas incomparables. Estoy en Berlín y tengo que dejar a Bogotá, sino voy a envenenarme y no voy a entender nada de nada».

El capuchino había llegado y se lo tomó despacio. Sacó de su mochila un cuaderno y un bolígrafo y empezó a escribir lo que sentía desde su llegada a Berlín. Una vieja costumbre que nunca había abandonado. Todos sus viajes se plasmaban en palabras que trataban de traducir impresiones, olores, sensaciones, sentimientos, colores, climas. Nunca había tomado fotos en sus viajes. Nunca cargaba cámara. Desde hacía mucho tiempo, desde sus primeros viajes por Grecia, hacía casi 40 años, lo suyo era la escritura, las palabras. Tenía ya cinco o seis cuadernos que retrataban todas sus vacaciones o sus incursiones por lo desconocido. No le disgustaban las fotos, pero nunca le producían el mismo efecto que la lectura de lo que había escrito para definir un momento, una impresión; las imágenes tenían que traducirse en palabras. Tal vez en ello algo profundamente femenino. La visión, aun cuando era mirada, nunca la satisfacía como la escritura. Probablemente porque la escritura está más cerca de la piel, del tacto, de la voz, de algo muy arcaico que no podía definir con exactitud pero que traducía mejor lo que quería guardar de sus viajes y encuentros: más un sentir que el hecho de ver. Empezó a escribir, y cuando miró el reloj ya eran más de las dos de la tarde… Siempre le pasaba lo mismo.

La escritura se tragaba los minutos, las horas, y sin que ella se diera cuenta, el tiempo corría. Pagó el capuchino con el dinero que le había dejado Martin en la mañana, se levantó y caminó hacia la parada de bus que él le había indicado para devolverse.

A las cinco llegó Martin. Sin pronunciar una palabra, dejó caer su gabardina en el suelo, tiró sus papeles en la mesa y la tomó en sus brazos.

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó—. Berlín te espera y la noche es joven…

—Y tú… ¿me esperas también? No sé qué quiero hacer. Para mí, estar contigo, caminar por Berlín dejándome sorprender es ya todo un programa. Tú bien sabes que en tres días y tres noches no pretendo conocer, ni siquiera descubrir a Berlín. Sólo quisiera que Berlín me dejara descubrirte y se volviera sinónimo de encuentro posible entre un hombre y una mujer que están a punto de desechar, en este siglo que agoniza, la posibilidad del amor.

—Hablas por ti, Florence, pues yo no he desechado la posibilidad del amor… No del todo.

—Tienes razón, hablo por mí desde una perspectiva de mujer, de una mujer que llegó hasta el fin de este siglo con una mirada muy sospechosa sobre las cosas del amor y del encuentro heterosexual. Tal vez

porque estos últimos 40 años han transformado tanto a las mujeres que ya ni nos reconocemos a nosotras mismas.

—Bueno Florence, ¿qué hacemos? Quiero mostrarte Berlín, el Berlín nuevo, el nocturno, éste que cree en el mañana... ¿Quieres? O prefieres que tratemos de resolver tus enigmas existenciales. Pero sabes que para esta opción, soy malo. Tú me conoces... Tengo una idea: te muestro Berlín, o más exactamente, te muestro mi Berlín, y a través de lo que te muestro buscas respuestas a tus preguntas. ¿De acuerdo? Vamos... Pero antes, déjame darte un beso a ver si así cambias tus preguntas...

La besó, y ella, con la tibieza de su boca, se sorprendió una vez más de la facilidad con que los hombres pueden pasar de un registro a otro, encontrar una fórmula, evitar lo que parece inevitable y salirse con la suya... El beso, este beso tierno y muy seguramente sincero, desde la óptica masculina, selló un momento que Martin evidentemente no quería prolongar.

Salieron al encuentro de la ciudad que en cada esquina dejaba ver que el siglo xxi ya había iniciado. Martin le mostró su Berlín, el que tiene que repensarse del todo después de la caída del muro. Un Berlín que se viste y maquilla para acoger nuevas ciudadanas y nuevos ciudadanos. Ella miraba y escuchaba lo que

le contaba Martin sobre la ciudad. La conocía bien, pues vivía allí desde hacía casi 10 años y trabajaba en su reconstrucción. Ella oía sin escuchar, pues no era lo que quería saber. Era consciente de que mientras Martin viviera allí nunca la podría conocer de verdad, nunca se podría interesar en ella como ella lo merecía. Berlín no era una ciudad para conocer: era el lugar donde él vivía, y sólo eso le importaba. El misterio no era esta ciudad, era él. Lo difícil no era conocer la ciudad sino re-conocer al hombre por quien había recorrido 10 mil kilómetros.

Hacia las ocho de la noche entraron en una de esas cervecerías típicas del antiguo Este que a esa hora, y más siendo viernes, estaba llena de gente, humo, vapor y olor a cerveza. Escogieron una de las pocas mesas libres y cinco minutos después ya tenían dos cervezas de medio litro en la mesa. Él le explicó que en ese sitio la cerveza era una especie de ritual inevitable para iniciar bien la noche del viernes. Se quedaron un rato en silencio mirándose intensamente, como si estuvieran tratando de comunicarse un mensaje que no querían elucidar. Ella conocía esa mirada; era una mirada de súplica…

—¿Sí? Dime lo que estás tratando de decirme —le preguntó ella—. O si no quieres, no lo digas. Ya lo sé.

—¿Sabes?

—Sí sé… Estás tratando de expresar que no me dirás lo que espero.

—Y ¿qué esperas?

—Lo sabes. Lo intuyes. Y no sé si hacerte este favor… No sé si tienes razón de no querer decir nada. No lo sé, de verdad. No sé si es mejor quedarse en la periferia del deseo o caminar hacia su centro y darse cuenta de que no hay nada en su centro, salvo el mismo deseo que no se deja atrapar ni colmar. Tengo tantas ganas de caminar contigo al centro de mi deseo, de saber, aunque soy consciente de que nunca encontraré la respuesta y de que muy probablemente tienes razón al no querer arriesgarte. A menudo envidio a los hombres esa facultad que tienen para quedarse afuera con un discurso que nos hace creer que están adentro…

—Florence, sólo quiero que pases conmigo tres días y tres noches agradables en Berlín. No me pidas nada más. No te compliques la vida. Me parece que es sencillo. Viniste a Berlín para estar conmigo tres días porque sabes que me gustan esas oportunidades que nos regala la vida de vez en cuando. Estamos juntos. No te compliques la vida.

—Querrás decir: «No me la compliques».

—Sí, también: no me la compliques. ¿Es mucho pedir?

—¡Bastante… te cuento! Y no te prometo ser capaz de complacerte. No complicarse la vida cuando todo lo humano se resume en una complejización, en una problematización de la vida… Y te confieso que tengo mucha dificultad para vivir como una ameba.

Él le tomó la mano, la apretó entre las suyas hasta el dolor, como previniéndola de lo que podía suceder si seguía por ese camino. Ella entendió y pensó que por esa noche era suficiente. Él había ganado. No del todo, pero sí algo. Por lo menos había salvado la noche. Su noche.

—¿Cómo están tus hijos? —preguntó ella.

—A los mayores casi nunca los veo. Tú sabes, Estrasburgo está casi tan lejos de Berlín como Bogotá. Creo que están bien. La chiquita, Carolina, ya tiene seis años y me hace mucha falta. La veo cada vez que puedo, cuando tengo tres días de descanso o una semana de vacaciones. Entonces vuelo hasta Toulouse, pero no es muy frecuente ni suficiente. A veces siento que por segunda vez no seré testigo de su crecimiento, de sus dientes de leche que caen, de sus llantos y sonrisas, de sus juegos. No conozco a sus amigas y amigos y casi nunca estoy el día de su cumpleaños. ¿Sabes

que los hombres pierden a sus hijos e hijas cuando se separan?

—Por supuesto que lo sé, Martin. Pero dime, ¿qué hacen los hombres para evitar que esto suceda? ¿Cuántos padres piden la custodia de sus hijos? ¿Lo sabes? Por supuesto, a veces no es tan sencillo, aunque en el fondo les facilite bastante la vida a ustedes los hombres separados. ¿No crees que tu vida sería distinta si tuvieras la custodia de tu hija? En serio, piénsalo. Tú conoces mi teoría: siempre falta algo de un lado como del otro. Nosotras vivimos con los hijos y las hijas que un día deseamos con ustedes... Sí, vivimos con ellos y ellas. Esto no tiene precio, y soy consciente de ello. Pero te aseguro que también significa un enorme desgaste de energía, una gran dosis de valor, de disponibilidad, de cansancio, de soledad habitada, aunque no siempre como quisiéramos. Pero sí, se construye algo, participamos en la construcción de lo viviente mucho más que ustedes. De eso no hay duda. Mientras ustedes construyen puentes y edificios, nosotras moldeamos lo humano, edificamos materia humana. Pero, no sé por qué, lo que construyen ustedes siempre ha sido más valorado y reconocido que lo que hacemos las mujeres. Incluso no dejan de repetirnos que lo que hacemos, lo hacemos mal o nunca lo

suficientemente bien. Cuando el único problema... bueno, no el único, pero sí uno de ellos, es la ausencia de ustedes en semejante tarea. Bueno, ¡bebamos!

Eran las diez de la noche y ya no se podía hablar, pues el ruido de voces había aumentado al ritmo del número de litros de cerveza consumidos. Decidieron salir a caminar un rato por el Berlín nocturno. Caminar en silencio dejando que el aire fresco apaciguara las múltiples preguntas que no encontrarían respuesta en aquella noche demasiado corta. Ella conocía el valor del silencio en esos momentos, y sin embargo tenía la impresión de que le seguía otorgando ventajas y que más tarde se culparía por no haber sido capaz de tomar la delantera. Sentía que de alguna manera él la obligaba sutilmente al silencio. Hombres de silencio, mujeres de palabras... qué difícil sintonizarse, desordenar viejos campos de poder y confrontarse corriendo el riesgo de perderlo todo, de arruinar un viaje que ya, de alguna manera, estaba arruinado, a menos que se siguiera fingiendo, jugando el viejo y eterno juego del poder.

Él rodeó sus hombros con su brazo como si, una vez más, supiera exactamente lo que la atormentaba, lo que esperaba sin esperanza. Era su manera de hacerle entender que sabía pero que no respondería con

palabras sino con gestos corporales, con signos que ella debía interpretar. Ella aceptó este mensaje y se apretó contra su cuerpo como para transmitirle que podía tranquilizarse: la noche se había salvado.

Más tarde harían el amor en silencio, como dos exiliados de sí mismos que por un breve momento encuentran una tierra conocida. Sus cuerpos, más sabios que sus mentes, se reconocerían sin necesidad de palabras; reconocerían su tibieza, la textura de la piel del otro, el alfabeto silencioso de las caricias mutuas; reencontrarían los atajos del placer del otro como una patria, o tal vez más exactamente, como una matria perdida y de repente revelada, una matria que los devolvería más de 30 años atrás, cuando sus pieles sabían a tierra y mar, y descubrían juntos, en una noche sin tiempo, que la vida puede caber en un solo instante, que un minuto puede tener el sabor de lo infinito. Y no era que hubieran progresado juntos al ritmo de un mismo deseo, como si las diferencias se pudieran borrar gracias a una mágica y misteriosa operación del dos en uno, como cantan los boleros. No, los ritmos del placer del uno y de la otra eran distintos, sus demandas diversas, sus goces incomparables porque sus cuerpos ya sabían que la única manera de encontrarse era yendo al encuentro del dos, asumiendo las

diferencias y la soledad de cada uno. Extrañamente, sus cuerpos compartían esta sabiduría que no era traducible a palabras. Extrañamente, Martin era uno de los pocos hombres cuyo cuerpo, a pesar de todo, sabía transmitir esta sabiduría. Tal vez por eso ella, de vez en cuando, cruzaba océanos y recorría miles de kilómetros. O tal vez porque sólo con Martin podía encontrar nuevamente el ligamen materno, la mal llamada patria que no es otra cosa que una matria. O tal vez por ambas cosas.

Esa segunda noche, como todas sus segundas noches, se amaron hasta el cansancio, como si sus cuerpos intuyeran que ya casi era la última. De hecho, cada noche que pasaban juntos tenía ese sabor desesperado de la última. Habían tenido tantas últimas noches que ya sabían que para poder conservar algo de ese amor cada vez era necesario aceptar perderlo. A veces ella pensaba que su amor existía sólo gracias a la separación y a la ausencia.

Tenía la oscura certeza de que si Martin fuera un hombre posible, disponible y presente los 12 meses del año, no estaría con él. El hecho de ser un hombre imposible hacía posible su amor. Sí, con él había aprendido que el amor florece y dura sólo cuando es un imposible. Lo sabía y lo confirmaba día a día oyendo

a sus amigas hablar de los estragos de sus amores, de esos amores que ellas habían querido instalar en los límites de lo posible.

—Florence... mujer esencial.

—¿Qué dices? —preguntó ella—. ¿Qué me estás diciendo con esto de «mujer esencial»?

—Lo que dicen las palabras: mujer esencial. Mujer que resume a todas las otras, mujer inaccesible, complicada... Sí, mujer esencial.

—Y tus otras mujeres, ¿qué son? ¿Mujeres accesorias?

—No, no sé... Sólo sé que contigo reencuentro algo que busco y que no sé nombrar.

—Entonces te pasa lo mismo que a mí. Y te diré lo que buscas y encuentras: encuentras algo arcaico, algo mágico de nuestra adolescencia, cuando tus manos aprendían a acariciar mi piel salada en un verano atlántico. ¿No crees?

Ya Martin no la escuchaba; estaba a punto de dormirse. Sonrió para sí misma pensando que, en circunstancias iguales, nunca habría podido dormir de primera. Nunca. Le habría gustado dormirse de primera porque así podría escapar de ese infinito sentimiento de soledad que lo invadía todo. Definitivamente ratificaba una vez más que los hombres tienen algo en

su constitución que les permite determinar el fin de la película a su antojo: sin complicaciones, sin pensarlo dos veces, se duermen... Así no más, se duermen con la certidumbre tranquila de ser inocentes y de no tener nada que ver con el rollo de las mujeres.

El rollo de ellas no tiene fin, y a menudo, por no tener ningún tipo de conexión con el otro, las lleva a devorar el vacío con una voracidad desesperada. «¿Por qué no me esperaste antes de hundirte en el sueño? Tenía tantas cosas que decirte, que contarte, y como una imbécil creí que podíamos hablar después de hacer el amor. Sí, ¡fui una imbécil! Como si fuera novata, ¡aunque esto ya me ha pasado centenares de veces! Los hombres y las mujeres no tienen la misma manera de vincularse con el amor, y mucho menos con el sueño. Pero si lo sé desde hace tiempo, ¿qué esperaba? ¿Que Martin fuera diferente?»

Se levantó, fue hacia la ventana y miró la ciudad dormida. Recordó que en Bogotá apenas eran las siete de la noche y pensó en todas las mujeres del mundo que en ese preciso instante se sentían huérfanas al lado de un hombre. Se preguntó si los hombres experimentaban lo mismo al lado de una mujer. Probablemente no, pues para un hombre detrás de una mujer siempre está la sombra de la madre; por lo tanto, lo

que deben sentir a veces debe parecerse demasiado a solicitud, a absorción, a presencia... ¡Qué cuadro! ¡Eternas huérfanas que tratan de absorber a eternos despechados! Se acostó con la firme intención de paralizar la película y tratar de dormir. Mañana sería otro día, como dicen en Colombia a pesar de los peores presagios.

Todo había empezado 40 años antes, aunque si fuera necesario encontrarle un principio a esta historia, no sería algo temporal que se pueda expresar en una fecha; ¿1959?, ¿1960?, ¿1961? No se sabe con exactitud. Son impresiones, colores, olores de mar, momentos tal vez, nada muy coherente, nada que permita decir: «Érase una vez...» No, no érase una vez sino una estación: el verano. Sí, el verano, seguro. Y una región: Normandía. Una Normandía húmeda, tibia, a menudo fría, aun en verano. Nubes que corren en un cielo difícilmente azul... Una Normandía a la medida de ciertos paisajes impresionistas. Una Normandía para Monet, Frechon, Bonnard, quizás Cézanne... aunque Cézanne no. Cézanne es la Francia del sur, Arlés y la Provenza, y no Normandía, esa Normandía que colmó su infancia, sus vacaciones, sus veranos.

Verde, demasiado verde, de ese verde de lluvias frecuentes. Un verde que volvió a encontrar en la sabana de Bogotá y le permitió no sentirse demasiado lejos de su tierra, aun cuando ese verde normando puede cambiarse, al final de un verano excepcionalmente cálido, en amarillo quemado cuando ya el trigo está cosechado y el olor del lino en descomposición lo invade todo. En septiembre, lo que habitaba su memoria sabía a moras y le recordaba el sabor de labios y lengua negra, de besos robados en los bosques de un castillo señorial a la entrada del pueblo. También mancha negra e indeleble en una camisa blanca como señal de algo que puede suceder. Pero el elemento dominante de la arqueología de su amor era líquido, femenino, aunque masculino en español, gris-verde, en movimiento perpetuo y a la vez tan estable, fiel, instalado para siempre en su memoria de mujer, haciendo parte de su identidad de mujer: el mar.

El mar de las costas normandas es indisociable de los acantilados blancuzcos-ocres que cada año se desmigajaban un poco más; esos acantilados calcáreos, agujereados por grutas misteriosas donde habitaban miles de gaviotas. El mar, sus mareas y sus playas de arena compacta siempre húmeda, de piedritas gris-azuladas, suaves a los pies desnudos de su

infancia, duras y ásperas para los pies de la mujer adulta de vuelta después de una larga ausencia... Hoy ella entiende y sabe por qué siempre quiso nombrar el orgasmo femenino, olasmo... La sexualidad femenina es marina, es mar, sin duda. Pero lo entendió mucho más tarde.

Así es que el principio está hecho de colores, sensaciones y olores. Olores indescriptibles, mezclas de yodo y restos de animales marinos muertos que los pescadores abandonaron después de la última faena; olores de domingos, de viejos cirios y madera húmeda de los bancos de la pequeña capilla del pueblo en donde ella se casaría años más tarde con un hombre latinoamericano que no tenía nada que ver con toda esta historia. Un principio sin tiempo preciso, sin edad, sin contornos exactos; una memoria líquida incapaz de fechar su primer beso de adolescente. Tampoco hay fecha para que las manos de Martin recorran por primera vez su piel quemada por el sol de un verano más caliente que de costumbre, imprimiendo el primer recuerdo de mujer sexuada en su memoria.

¿De qué hablaban entonces? ¿De qué podían hablar un muchacho y una mujer de 16 años en 1959, o de 17 en 1960? Demasiado temprano para los Beatles, la guerra del Vietnam, la contracultura, la «hierba»,

la píldora anticonceptiva y el amor libre... Demasiado temprano también para el sida... Y de la revolución cubana que estaba triunfando, no sabían nada todavía. Pero estaba Camus y sus nupcias, Gide y su Nathanael, Brigitte Bardot y su Vadim, Jeanne Moreau y su mala memoria... También estaba el muro de Berlín que, sin que ellos lo supieran aún, volvería a estar presente en sus vidas. El verano los llenaba del todo, las mareas los acaparaban y la vacuidad de las vacaciones los colmaban sin remedio. Tener 16 años en el verano de 1959 podía significar la indiferencia total ante las cosas del mundo, una indolencia sólo marcada por el ritmo de las mareas, las prohibiciones familiares, las estrictas horas de comida impuestas por la abuela, la misa y los rituales del almuerzo del domingo. El fin del verano y los colores de septiembre encarnaban entonces las únicas certidumbres de sus vidas.

Cada día se encontraban a la hora del café en el jardín de la tía de Martin. Allí, a las dos de la tarde, bajo la cálida insolencia del sol de verano, él le enseñó pacientemente el deseo. Tendidos en el pasto, la piel caliente de ella aprendía poco a poco a deletrear las caricias de él que, a medida que la mirada desprevenida de su tía se hacía más permisiva, se volvían más

audaces y demandantes de algo que todavía no podían nombrar. Hoy, ella sabe que en este pequeño jardín cerrado crecían hortensias, rosas y amapolas salvajes, pero a la hora del café y de sus primeras caricias, ella no veía nada, no sabía nada, como si no tuviera historia o no sintiera inquietudes sobre los acontecimientos de la vida. Todavía no tenía un solo verdadero motivo de rebeldía. Nada. Pero todo ya estaba ahí, incubando. Tal vez por esto mismo cada evento, cada acontecimiento tenía extrema importancia. Era como la materia prima de una identidad en construcción. Ella recuerda este período como una verdadera incubadora de su futura piel de mujer. Sin saberlo todavía, hacía el aprendizaje de su cuerpo y de cierto erotismo carente de toda violencia por su ingenuidad pero ya capaz de hacerle descubrir la geografía de su placer, un placer articulado a la paciencia y a la espera, esa espera que tendría que aguardar casi 30 años para resolverse, por lo menos con él.

El erotismo de sus veranos de adolescente, lento, paciente y extraño a toda rudeza, se grabaría en alguna parte de su memoria, de su inconsciente, y actuaría más tarde como una especie de bálsamo protector contra la violencia de los hombres. Gracias a estos veranos ella había entrado de la mejor manera posible en

la lógica del erotismo occidental, deteniéndose en el silencio de un tacto múltiple y difuso que supo evitar durante años el irremediable consumo para quedarse en la contemplación del otro. Su erotismo de mujer, a pesar de los oscuros presagios de su madre, había nacido en las mejores condiciones posibles. Sin afán, en medio de la mirada y de la espera, alimentado de caricias y besos. Gracias a ese adolescente fiel y paciente, en esos veranos, al ritmo de las mareas, ella descubrió que más allá de una humanidad compartida que los unía, ella era mujer y él hombre. Sin drama ni tragedia, supo desde entonces que este hecho, aparentemente tan sencillo, era definitivo porque marcaba una diferencia irreductible. No era el momento de entender las razones de esta irreductibilidad, pero sí de empezar a sentir desde su piel este extraño vacío que se instalaba en los silencios de sus encuentros.

En ese jardín normando, en una rara confusión, advirtió que ser mujer no era tan trágico como le había tratado de transmitir su madre a través de sus carencias y frustraciones de mujer de principios de siglo. A la vez, entendió que su género la situaba en el centro de una demanda que nunca iba a ser respondida del todo.

Ella dejaría de verlo durante más de 25 años. Incluso dejaría de pensar en él. Por cosas de la vida, se

rían otro continente, otra geografía, otro acontecer histórico los que ocuparían e invadirían de tal manera su vida que durante años desaparecería esa memoria feliz de su adolescencia, como si hubiera sido necesario un aparente olvido para adaptarse a una realidad tan distinta de la que pudo haber sido la suya y que tal vez trataba de encontrar a través de esos cortos reencuentros con Martin, 30 años después.

Su piel la despertó. No quería abrir los ojos. No quería pensar. Sólo deseaba sentir de manera anónima. No quería saber. Sólo volver a la vida desde el tacto y la piel todavía perezosa que olía a pan caliente. No abrir los ojos, dejar que las manos masculinas interpreten como solistas este concierto del amor, viejo como la misma humanidad e inaugural cada vez que se repite. Agradecía el silencio. Las palabras son nocturnas; el amor de noche necesita palabras. El amor de amanecer es silencioso porque nace con la luz, con el día, y frente a tales evidencias no hay nada que decir. El amor de amanecer es menos cerebral, menos construido, más cercano a lo esencial, a lo intraducible, al nacimiento. El amor de amanecer nos recuerda el contacto del cuerpo del niño, de la niña, del hijo contra nuestro cuerpo, contra nuestra piel; ese olor

que aprenderemos a alejar bajo la amenaza del tabú del incesto. El amor de amanecer es incestuoso. Es el deslizamiento húmedo del recién nacido entre los muslos, el deslizamiento húmedo del sexo del hombre entre los muslos. Ese amor acorta las distancias y por un momento engaña el deseo, como si fuera capaz de colmarlo, de calmarlo. Nacimiento.

Hicieron el amor en silencio. Un pacto implícito. Poco después Martin puso un viejo disco de John Lennon. Era sábado. Un sábado sin afán.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Martin.

—¿Que si tengo hombre?... ¡No! Y no quiero tener. Pero sí tengo hambre. ¿Sabías que en francés, como en español, la palabra «hambre» está muy cerca del género? Sólo que en español se dice hambre y hombre, y en francés *faim* y *femme*. ¡Tan extraño! ¿Significará algo? ¿No será porque en español los hombres se «comen» a las mujeres y en francés las mujeres se «comen» a los hombres? Entre otras cosas, siempre me he preguntado —en español, por cierto— quién se come a quién. De verdad, ¿qué opinas tú? Con esa vagina hambrienta que nosotras tenemos, a veces hasta dentada, y estos labios carnosos, algunos hombres temerosos piensan que... Dime, ¿quién come a quién? Sí, veo que poco te angustia esta honda reflexión mía. Bueno, entonces tengo hambre.

—Mira, Florence, hace siglos que los hombres saben que son las mujeres quienes se los comen, devoran y tragan, pero como bien lo sabes, este hecho es absolutamente inconfesable para la identidad masculina, que tiene que reafirmar sin descanso su poder frente a lo femenino. Te acabo de hacer una concesión que hasta ahora no había hecho a nadie... Esto dicho, ¿quieres té o café?

—Tu concesión me dejó impresionada... y quiero té. ¡Te quiero! Después de vivir 30 años en Colombia, una sospecha de cualquier café que no haya sido cosechado en la tierra del café... Es como tomar champaña en Colombia... ¿ves?

—No, no veo nada, pero haremos un té para *madame*... ¿Y tostadas?

—Tostadas y mermelada de naranja y queso y... ¿qué más me puedes ofrecer?

—Nada más. ¿Por qué será que las mujeres siempre quieren más?

—Será porque los hombres no les dan suficiente, ¿no crees?

—¡Si solamente supiéramos qué es lo que quieren!

—Si lo supiéramos, Martin, ya no valdría la pena seguir viviendo. Es porque no sé exactamente lo que quiero que viajo 10 mil kilómetros para estar contigo tres días y tres noches.

Le dio un beso entre el humo azul de un Gitanes, la marca de cigarrillo que fumaba desde que lo conocía. Se levantó, se puso la camisa y se dirigió hacia la pequeña cocina para preparar su desayuno. Ni siquiera los sábados este hombre desayunaba. Volvió a la cama con una bandeja que puso en medio de la cama destendida y empezó a untar mermelada en las tostadas tibias. Ella amaba este momento del día. Amaba desayunar. Siempre tenía hambre de desayuno. A veces, en Bogotá, cuando disfrutaba de un día de soledad en su apartamento, escribiendo o leyendo, desayunaba tres veces al día: frutas, queso, té o café y tostadas. ¡La felicidad!

Se bañaron juntos en el estrecho espacio de una ducha concebida para un soltero decente, y una vez más se amaron, esta vez verticalmente, debajo del chorro de agua tibia. En esos días y noches de invasión amorosa, ella a veces pensaba que ésa era su manera de llenarse, de colmarse, de saturarse con el fin de calmar algo sin nombre preciso y permitir una larga abstinencia que le otorgaba la tranquilidad necesaria para realizar su trabajo en Bogotá. Sí, de alguna manera cada año su piel le exigía este paréntesis amoroso como una manera de oxigenarse y aguantar 10 meses o más de olvido de sensualidad que ya no buscaba en

Colombia, al menos no con los hombres. Con las mujeres había descubierto algo que volvía liviana la abstinencia de una sexualidad heterosexual. Poco a poco había entendido que en cercanía de las mujeres nunca se sentiría perdida; con ellas sabía que si bien una no puede liberarse del todo de su historia, puede en cambio entenderla, resignificarla y asumirla de manera casi liviana.

A las doce del día salieron a encontrarse con una amiga alemana de Martin que era profesora de francés en el Liceo Francés de Berlín. Por la manera como Martin hablaba de Marlene era fácil sospechar que ella era algo más que una buena amiga. Pero de esto nunca se hablaba. Hacía parte del pacto medio implícito que habían suscrito la primera vez que se volvieron a encontrar: dejar la vida cotidiana a un lado, lejos de ellos. ¿Por qué saber? ¿De qué podían servir las preguntas? No harían sino enredar todo, cuando existía la posibilidad de ese paréntesis. Además, ella sabía que eran inútiles las preguntas, pues pasar al año tres o cuatro días con Martin era suficiente para saber. Los hombres son incapaces de ocultar sus conquistas aun cuando las callan.

Marlene abrió la puerta de su apartamento, saludó de besos a Martin y miró intensamente a Florence,

con una mirada de la cual sólo son capaces las mujeres cuando intuyen alguna rival, algún peligro en el aire. Pero contradiciendo su mirada, la abrazó como si se encontrara con una buena amiga. Entraron y en seguida Florence se sintió efectivamente en la casa de una buena amiga. El lugar era absolutamente femenino: pocos muebles, telas hindúes en las paredes, cojines en el suelo, una multitud de pequeños objetos traídos de sus viajes, una biblioteca inmensa llena de libros en francés: Camus, Baudelaire, Balzac, Sartre, Beauvoir y, entre muchos otros, *Cien años de soledad* en francés. En el suelo, un colchón de cama doble cubierto con una tela africana y matas frente a las ventanas, muchas matas. Era un lugar evidentemente habitado por una mujer.

En los espacios femeninos existe una especie de relación estética entre las cosas; una presentación sensible de un mundo de lo cotidiano que rara vez se encuentra en lugares habitados por hombres solteros. Los apartamentos de hombres solteros son lugares deshabitados. Los hombres habitan imaginariamente un espacio vacío porque su sola presencia lo llena todo.

En seguida Florence sintió la proximidad, la posibilidad de una complicidad, de algo para compartir. Marlene tenía siquiera 10 años menos que ella y la ha-

bitaba esa belleza particular de las mujeres de 40 años: lucía radiante y segura de sí misma; hablaba el francés con el acento característico de los alemanes, polacos y holandeses, un acento que la sensualizaba deliciosamente. Se sentaron en los cojines. Marlene y Florence empezaron a conversar mientras Martin miraba en silencio a estas dos mujeres que pensaba conocer sin sospechar ni darse cuenta de que, al permitir su encuentro, él se ponía fuera de lugar, fuera de contexto y arriesgaba peligrosamente su poder de seducción.

En muy pocos minutos Marlene y Florence encontraron temas de conversación y de complicidad que lo dejaron sin palabras, sin argumentos, sin posibilidad de encontrar intersticios en la conversación. Probablemente porque Marlene y Florence, sin necesidad de expresarlo, sabían exactamente el lugar que cada una ocupaba en su relación con Martin. Marlene sabía que Florence era la primera mujer que él había amado. La mujer de sus 17 años, la mujer de su memoria, la misma que permite a los hombres romper con la madre y descubrir los goces de un erotismo muy verde todavía, pero permitido; una mujer que, a diferencia de las que llegarían después, se inscribiría en su historia amorosa con mucha fuerza. Y Florence sabía que Marlene era la mujer del presente, del ahora, de su período berlinés.

Saber de estos lugares les permitía obviar la rivalidad, reducir a casi nada las defensas y encontrarse desde la *sororidad*, como si él no existiera, o casi, porque estaba allí y este solo hecho no resultaba del todo indiferente para el tono de la conversación de las dos mujeres que, sin proponérselo del todo, lo provocaban. Empezaron a hablar de los hombres, del machismo latinoamericano y europeo, del amor, de la dificultad de vivir con los hombres, de la enorme y casi universal cobardía masculina en relación con el amor, temas todos que significaban provocación para la presencia silenciosa de Martin. Discutían como dos amigas que se hubieran dejado de ver anteayer. Pero en su conversación evidentemente circulaban demandas y críticas apenas veladas al hombre que tenían enfrente. Cada una utilizaba a la otra para decir todo lo que nunca había podido expresar directamente a Martin. Varias veces él trató de introducirse en la conversación sin lograr romper el hilo que las dos mujeres tejían con tanta facilidad. Por primera vez él supo lo que significaba estar en la periferia y la imposibilidad de irrumpir del todo en un centro invadido por ellas. Ellas lo escuchaban un rato pero pronto seguían con lo suyo. El hambre de las dos de la tarde lo salvó: se dirigieron a la pequeña cocina, donde Marlene había prepa-

rado unos platos con jamones, encurtidos, quesos, tajadas de pan integral y mantequilla. Sentados alrededor de una mesita redonda empezaron a comer en silencio.

Apenas terminado el almuerzo, Martin pretextó una cita de trabajo para evadir el cerco que poco a poco se cerraba a su alrededor.

—Vuelvo en dos horas por ti —le dijo a Florence—. Las dejo para que sigan ordenando el mundo... Con tal de que quepan todavía algunos hombres...

Era demasiado para él. Sí, en verdad era demasiado, y ellas lo sabían perfectamente, pero había ocurrido así, sin que se lo propusieran del todo. Una vez solas, se rieron, cómplices y a la vez aliviadas de que Martin se hubiera ido, porque eran conscientes de que el juego podía volverse peligroso y las apuestas dolorosas. Marlene puso música y la voz sensual y casi melosa de Bárbara invadió el espacio. De alguna manera Florence y Marlene estaban inaugurando esta complicidad, esta *sororidad* que hoy hace parte de los efectos de la fantástica revolución femenina.

Las mujeres están aprendiendo a estar juntas. No como antaño, en el patio de atrás para intercambiar chismes y retomar fuerzas cuando los gritos de los hombres acallaban sus silencios milenarios, ni tam-

poco como posibles rivales, únicas posibilidades que les dejaba una cultura de patriarcas. No, ahora están juntas como cómplices asombradas ante su propia historia, que acababan de descubrir; frente a una larga memoria de esclavitud que poco a poco se ha ido convirtiendo en un inaugural deseo de ser; un deseo que ya puede traducirse en unas palabras que les son propias y no como antes, cuando sólo disponían de palabras prestadas.

Florence y Marlene sentían una inmensa alegría ante la posibilidad de estar juntas como nunca antes lo habían podido experimentar las mujeres. Estar juntas sin rivalidad, sin las eternas preguntas que siempre las remitían a una presencia masculina, representaba un goce todavía difícil de definir por su novedad. Claro, la cultura patriarcal tenía que impedir a cualquier precio que esto sucediera, que lo que acababa de ocurrir entre Florence y Marlene pudiera ocurrir. Porque para ellas era un catalizador de existencia extremadamente potente.

Lo que acababa de acontecer entre ellas connotaba una inmensa e inquietante fisura en la pared construida por los hombres, o al menos por una ideología de hombres. Ellas estaban conscientes de ello, aun cuando no era preciso expresarlo. Simplemente lo sen-

tían, y de manera particular. Sobre todo Florence, quien lo sentía existencialmente y no sólo de modo teórico, como cuando lo expresaban o razonaban en torno a ello las mujeres de su grupo de trabajo en Bogotá. Ella acababa de sentir que dos mujeres podían encontrarse desde una nueva realidad, esta vez construida por ellas mismas a partir de un deseo que circulaba de una a otra y que tal vez les permitiría escapar de la ley del padre. Eran dos Evas en un paraíso, esta vez terrenal y sin Adanes. Dos Evas vivas, recién nacidas a una existencia propia que debía borrar paulatinamente toda huella de la mujer-simulacro.

Cuando volvió Martin, no podían creer que ya fueran las seis. La tarde había pasado sin que se dieran cuenta. Martin entró en el cuarto donde se habían instalado, las miró unos segundos pero no resistió mucho el silencio.

—¿Cómo están estas dos bellas mujeres?

—Casi te sale «Mis dos bellas mujeres», ¿cierto, Martin? —le preguntó Florence.

—Sí... Pero pensé, conociéndolas a las dos, que estaba en terreno minado. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas, y las dos bellas mujeres están muy, pero muy bien.

—¿Me voy, o qué?

—No. Ya te podemos resistir —dijo Marlene riéndose.

—Eso ya lo sé. ¡El problema ahora es saber si yo puedo resistirlas! De verdad, no sé cómo se me ocurrió reunirlas. ¿Y qué? ¿No hicieron sino hablar mal de sus verdugos, de sus abominables amos? No, ni siquiera quiero saber. No me cuenten: prefiero no saber.

—Pues para que sepas, no hablamos de los hombres; ni siquiera de ti —dijo Marlene—. Hablamos de nosotras, sólo de esto. Nosotras tratando de vernos libres de ustedes, si eso es posible. Y te cuento que, a pesar de que Florence y yo acabamos de conocernos hace unas horas, es como si nos hubiéramos tratado toda la vida.

—Claro, y yo sé por qué.

—¿Por qué? —preguntó Florence.

—Porque las dos tienen algo en común, o más exactamente alguien en común: yo.

—¿Eso crees tú? Pues te equivocas, porque si bien tú fuiste la causa de nuestro encuentro, en absoluto fuiste el centro de nuestra conversación.

—Bueno, pueden decir lo que quieran, pero sigo creyendo que no hicieron sino hablar de mí o por lo menos de cosas que tienen que ver directa o indirectamente conmigo.

—Pues sigue creyéndolo, si eso te hace feliz. Pero los hombres deberían empezar a acostumbrarse a que dos mujeres juntas pueden hablar en femenino, quiero decir, desde un lenguaje que no los incluye obligatoriamente y que empieza a construir un mundo desde lo femenino.

—No, por favor, no sigan, no me metan en todo ese rollo. Más bien, ¿qué hacemos ahora? ¿Qué quieren hacer mis dos más bellas mujeres?

—¡Ya se te salió! ¡Y te salió agravado: «Mis dos más bellas mujeres»! ¡Pues tus dos más bellas mujeres te quieren asesinar! Ni más ni menos. Bueno, en serio, ¿qué hacemos?

—Miren, hagan algo ustedes dos, porque no los puedo acompañar —dijo Marlene—: tengo algo que hacer ahora. Además, Florence vino tres días a encontrarse contigo. Las dos ya hablamos y fue de verdad muy rico. Incluso creo que nos vamos a seguir viendo o escribiendo. Pero por esta noche los dejo. ¿De acuerdo?

Marlene los acompañó hasta la puerta, abrazó fraternalmente a Martin y *sororamente* a Florence y cerró la puerta detrás de ellos. Mientras caminaban silenciosamente hasta el carro de Martin, Florence pensaba que esos abrazos no habrían podido ocurrir hacía

unas pocas décadas: un abrazo fraterno a un hombre que Marlene amaba y que ahora estaba con otra mujer por tres días y cuatro noches, y un abrazo de hermanas entre dos mujeres que hubieran debido odiarse. Abrazos posmodernos que significan y aceptan la complejidad y diversidad de lo humano, la complejidad y extrañeza del amor en estos albores de un tercer milenio. Unos amores que ya no quieren doblegarse a la rutina, a la norma, a los estragos de siempre, al camino trazado de dolores y frustraciones; unos amores más livianos, menos serios para mujeres más livianas, menos culpables, que ya saben que el amor es una trampa mortal para sus identidades recién inauguradas.

Los días siguientes se desarrollaron entre las sábanas tibias de la cama de Martin y visitas a cafés y sitios extraños de Berlín, a la medida de su historia de ciudad arrasada, reconstruida, dividida en dos, reunificada y nunca terminada. Berlín es un símbolo de un siglo guerrero, mortífero y depredador. Y Martin sabía mostrarle la ciudad que él conocía y ella apreciaba, no la que frecuentan los turistas, sino el Berlín de anécdotas que él amaba y donde trabajaba. De alguna manera había entendido que Florence no había viajado por Berlín, sino para reencontrarse con él, el hom-

bre que tal vez le permitiría volver a la medida justa de una humanidad habitada por hombres y mujeres.

Durante 25 años había dejado de verlo, de pensar en él. Estaba demasiado ocupada por Colombia, ese país que la había invadido del todo. Colombia le había ofrecido la distancia necesaria para volverse mujer alejándose de los destinos trágicos anunciados por su madre, quien sin darse cuenta no había dejado de transmitirle su historia llena de frustraciones y deseos no satisfechos. La historia de una mujer francesa de los años treinta, todavía incapaz de encontrar las explicaciones a su malestar general, el mismo que Simone de Beauvoir desenredaría y develaría en todas sus contradicciones. Su madre no entendía por qué ser mujer parecía una fatalidad a pesar de su inteligencia y la apertura al saber, que circulaba en su época, y no disponía de las herramientas para contrarrestar la idea, o mejor, el implacable hecho de una anatomía que marcaba su destino. Ella nunca debió tener una hija.

Veinticinco años más tarde, los argumentos teóricos y los avances de la medicina cambiarían el curso de la corriente del gran río femenino. Algo tarde para la madre de Florence, que ya estaba transmitiendo a su hija sus rabias y frustraciones de mujer. Sin saberlo,

se había convertido en una madre rival de una hija que iba a tener las oportunidades que ella no había tenido. Su hija había nacido para vivir, a los 24 años, los primeros efectos del amanecer de una fantástica revolución que se inició desde la sexualidad para propagarse hasta transformar hondamente la dinámica de los encuentros entre hombres y mujeres y trastocar finalmente la dinámica social en su conjunto.

Después de esa primavera ruidosa de mayo del 68 nada sería igual: ni la familia, ni los jóvenes, ni las mujeres, ni la sexualidad, ni el erotismo, ni la autoridad del padre, ni la sumisión de la madre, ni el temor a un embarazo, ni el poder. El patriarcado había recibido su primera estocada. Nada mortal todavía; sólo una herida profunda que se iba a gangrenar poco a poco. Esa revolución no estalló siguiendo el modelo de muchas otras, sino que simplemente ocurrió como un río que se desborda y nada ni nadie puede contener. Florence iba a vivir todos los efectos de este desbordamiento, sólo que los iba a vivir en otro continente.

En ese momento no podía enamorarse sino de un hombre extranjero que le daría la posibilidad de fugarse de su tierra materna llamada absurdamente patria. Y fue un colombiano que en París seguía los mis-

mos cursos de posgrado que ella. Él la llevaría a ese país llamado Colombia, una nación de fonética dulce que evocaba la paz pero estaba condenada, como dijo un nobel de literatura, a cien años de soledad y muchos tiempos de cólera. Ella iba a aprender a amar ese país a pesar de las eternas muertes anunciadas. Colombia le permitió crecer como mujer, empresa tan difícil en culturas que nos quieren y nos reconocen como madres pero se resisten con fuerza a la idea de que somos las nuevas habitantes del mundo. Este paradigma de mujer debimos forjarlo poco a poco, con tenacidad, y más en un país como Colombia, donde el mito de la maternidad, probablemente heredado de la feroz colonización española, parecía adherido a la piel de las mujeres desde que nacen.

Cuando llegó a Colombia, al final de la década de los sesenta, no existían mujeres, o sólo excepcionalmente. Las madres y sus hijos invadían el espacio familiar, porque padres tampoco se encontraban... En ese tiempo sólo había hombres, hombres varones, hombres de verdad, o sea, hombres machos. Claro que para Florence, en ese momento, este extraño hecho no la sobresaltaba. Ella aún no estaba lista para semejantes descubrimientos. Ante todo tenía que aprender a vivir paulatinamente lejos de su tierra, de todo lo que

la había rodeado desde su infancia: olores, colores, estaciones, relatos, discursos, hermanos, familiares, amigos y amigas de su adolescencia. Tenía que aprender a ser mujer, a crecer como mujer a pesar de su madre, y para eso la vida le había reservado 10 años tranquilos al lado de Manuel, en un matrimonio sereno que le permitiría descubrir poco a poco este extraño país que sería suyo sin nunca llegar a ser del todo una patria ni una matria. Diez años para ser esposa, madre y docente de la Universidad Nacional.

Ahora veía ese tiempo como los cimientos, el soporte de lo que se estaba gestando en su piel de mujer. En esos 10 años pudo descifrar este país y los enigmas de su feminidad. También aprendió a ser madre, aunque ya sabía sin saberlo —su cuerpo lo sabía sin que ella fuera del todo consciente— que la maternidad no era lo suyo o, por lo menos, no era del todo lo suyo. Había aprendido a través de las frustraciones de su madre que la vida no podía reducirse a esto, pero no era todavía el momento para expresarlo.

Un evento marcó los inicios de su conciencia crítica en relación con la maternidad, a pesar de toda la maquinaria patriarcal que propugnaba a favor de ella. Ocurrió con el nacimiento de su primer hijo en una clínica de Bogotá. Entonces ella se encontró con las

miradas reprobatorias del personal médico al expresar su voluntad de no amamantar a su hijo, a pesar de que había sido plenamente deseado y planeado. A través de las miradas y comentarios de las monjas de la clínica, ella empezó a percibir lo que significaría luchar contra esta naturalización de la maternidad y a entenderla como una experiencia de pérdida de sí y de desposesión subjetiva más que de plenitud y goce. Ante la posibilidad de tener los senos llenos de leche, ella se rebeló, y lo hizo de tal manera que su cuerpo lo entendió y no secretó ni una gota de leche. Fue una pequeña victoria, porque todas las mujeres a su alrededor, y por supuesto las monjas, le habían contado cuán doloroso era hacerse secar la leche... Sí, la madre tradicional pone su cuerpo totalmente al servicio de su hijo o hija, pero sobre todo su inteligencia, su fuerza, su capacidad, y se pierde a sí misma. Lo hace porque lo exige esta ideología maternalista y familista que huele a sábanas limpias y a moral conservadora, como lo venía explicando Simone de Beauvoir desde hacía algunos años en otro continente.

Más tarde, tal vez con la llegada de su segundo hijo, igualmente deseado y planeado, ella entendió con más claridad que no era tanto la maternidad en sí lo que no aceptaba —de hecho, la había deseado dos ve-

ces y sabía encontrarle momentos de plenitud—, sino las condiciones culturales que la rodeaban y la hacían insoportable e inaceptable, es decir, lo que una cultura de hombres había hecho de la maternidad. Esta cultura que necesita madres llenas de leche y vacías de deseos, de ideas. Madres de pechos grandes y vientres redondos para el eterno descanso de hombres incapaces de crecer lejos de la madre y de reconocer en su madre una mujer. Además, en esos tiempos la maternidad todavía era un tema difícil de abordar, incluso entre mujeres, y más aún en culturas hispánicas que fetichizaban la maternidad. Sólo 10 años más tarde ella podría empezar a hablar de la extraña sensación que le producía la maternidad y encontrar mujeres que sentían o habían sentido lo mismo pero que nunca habían encontrado las palabras para manifestarlo, desalentadas por la fiscalización de lo natural, del destino biológico y del tenaz instinto materno, como nos lo explicarían varias feministas en la década de los ochenta.

Esos 10 años de matrimonio con un hombre razonable, en los que conoció la maternidad y la docencia en la Universidad Nacional, fueron definitivos en el nacimiento de su conciencia crítica frente a los discursos normativos, a lo nunca sospechado, a viejas

preguntas que le abrirían nuevos caminos. Y no hay mucho más que decir de esos 10 años sino que le proporcionaron —y ella siempre lo reconoció, tal vez porque tuvo la suerte de mirar en la dirección correcta— un piso firme, algo como un muro de contención indispensable para no detener la marcha, para no interrumpir lo que se estaba gestando en silencio y permitir una posibilidad frente a la pregunta por su feminidad y por la feminidad.

Manuel, el padre de sus hijos, su compañero durante 10 años, no fue del todo extraño a la nueva mujer que se gestaba a su lado. Ella le debe esta imposibilidad de desconfiar del todo de los hombres. Ella le debe su particular manera de ser feminista, porque fue un hombre inteligente. Ella le debe el conocimiento sencillo de una Colombia amena, de una Bogotá tradicional, de una familia política corriente, amable, que siempre la amó a pesar de no entenderla del todo. No hacía preguntas, no la invadió; respetó su vida y se caracterizó por su discreción. Gracias a esta familia de clase media y a Manuel, ella empezó a conocer a Colombia, sus pueblos y veredas, sus desayunos de plazas de mercado, sus sopas y postres, su chocolate espumoso con queso derretido, su generosa manera de acoger al extranjero, sus fiestas y rumbas que

terminaban al amanecer del domingo con boleros tristes y la compra de *El Tiempo* antes de irse a dormir. Sí, gracias a esos 10 años de matrimonio, de docencia en la Universidad Nacional, pero también a los primeros años de su separación, ella empezó, más que a entender, a participar de este país generoso y contradictorio que había visto nacer a sus dos hijos. Poco a poco, e incluso en el momento de su separación, ella borraría de su conciencia la posibilidad de volver a Francia, y lo haría sin traumas, sin tristeza, mas no sin nostalgia, porque la nostalgia hacía parte de ella, estaba inscrita en sus recuerdos de infancia, en su memoria de adolescente, en sus imaginarios familiares y de alguna manera en su arqueología subjetiva.

Ella ya se sentía, se vivía como francesa colombiana. Nunca dejaría de ser francesa, por supuesto, y no trataría de negarlo. Su acento la delataba, su escritura todavía llena de galicismos no dejaba de traicionarla, su extraña mezcla culinaria y su manera siempre informal de vestir la señalaban. Pero a la vez se sentía muy colombiana por su particular manera de saberse adaptada a los pequeños rituales culturales de Colombia, por su deseo de que sus hijos estudiaran en un colegio colombiano así existiera un excelente liceo francés en Bogotá, por su radical decisión de no

encontrarse con la colonia francesa, por su decisión de vivir en el barrio más antiguo y colonial de Bogotá, en el centro y no en el norte, como lo hacían todos los extranjeros, y por su voluntad de hablarles a sus hijos sólo en español, al menos en los primeros años de su vida. De alguna manera ya estaba lista para iniciar otra etapa.

Esa etapa que nunca se habría gestado sin esos primeros 10 años, los cuales, de alguna manera, le proporcionarían resistencia y vehemencia para defender lo que quería. Fue un tiempo de inmersión en esta tierra ajena que ya sentía extrañamente suya. Estaba lista para empezar a descubrirse mujer y construir una conciencia crítica de lo que este hecho podía significar desde un país como Colombia; estaba lista para cambiar el rumbo de su vida. Sabía que un día tendría que volver a encontrarse con sus raíces, su tierra, pero eso sería mucho después.

Su separación fue el evento fundante de ese nacimiento. Nada sorprendente: ¿cuántas mujeres sólo llegan a ser mujeres una vez dejan de lado su condición de esposas? ¿Cuántas nacen a ellas mismas y crecen cuando se alejan de un amor que se ha vuelto una trampa mortal? La década de los ochenta, que se iniciaba en medio de muchas utopías políticas, por lo

menos en el «Jardín de Freud» de la Universidad Nacional, su separación, unos amores tormentosos que le permitirían seguir sintiendo su cuerpo y al mismo tiempo el camino que le quedaba por recorrer para llegar a la aceptación de una soledad habitada y serena que pondría, de alguna manera, una distancia definitiva entre los hombres y ella, serían los detonantes de ese advenimiento. Adquirió relativamente rápido la certeza de que no volvería a vivir con ningún hombre, ayudada sin duda por la presencia continua, solidaria y deliciosa de sus dos hijos, que le permitía seguir inmersa en un universo masculino lleno de ternura y muy pocas rabias, hecho sumamente definitivo en su manera de construir una mirada feminista totalmente alejada de la amargura, del resentimiento y la ausencia.

Contar lo que viene, entonces, es una empresa difícil, porque es una gran cantidad de circunstancias que ocurrieron en muchos años, y no existe un solo hilo conductor sino múltiples eventos y factores que, interactuando, probablemente conforman el núcleo duro del tiempo del feminismo.

Como ya se mencionó, su separación y su vida de docente en la Universidad Nacional constituyen los puntos de partida, el génesis de esta otra mujer que

moraba en ella y que iba a despertar movida por circunstancias nuevas. Antes no habría sido el momento; antes, la semilla no habría dado sus frutos; antes estaba demasiado ocupada tratando de ser una buena esposa, madre y docente, así que simplemente no era el momento.

Ahora tenía que confrontarse con una nueva soledad que la espantaba y un sinnúmero de preguntas que la cuestionaban. ¿Cómo hace una mujer sola (más tarde diría «una mujer libre», pero inmediatamente después de su separación el adjetivo «sola» era el preciso para definir lo que sentía) con dos hijos todavía pequeños para seguir viviendo en un país que la acogió siempre generosamente pero que no es el suyo? ¿Qué hace una mujer sola, separada (todavía no «libre»), que vive con sus dos hijos cuando tiene ganas de hacer el amor un jueves por la noche? ¿Qué hace una mujer separada con los antiguos amigos de la pareja que ya no existe? ¿Cómo hace para llenar tiempos y espacios que no había conocido antes? ¿Cómo hace para no sentirse culpable cuando la culpa es culturalmente inevitable? En fin, ¿qué significa en Colombia la vida de una mujer francesa de 34 años, separada, profesora, con dos hijos pequeños?

En medio de todos estos interrogantes, lo único que tenía claro era que no existía la menor posibilidad

de volver a Francia, pues sus hijos tenían un padre colombiano y ella no había hecho todos sus esfuerzos —hablarles en español, educarlos en colegios colombianos, aprender con ellos a amar esta extraña tierra, peligrosa pero tan valerosa, de gente que soporta como nadie en el mundo las tragedias y los estragos de las eternas guerras, esta tierra de fábulas, relatos y cuentos siempre más reales que la misma realidad, esta pobre nación que había sobrevivido a más de cien años de soledad, de olvido, de peste, de inquisición, de abusos y saqueos de los poderosos— para huir rumbo a una tierra que no la necesitaba y en donde cualquier posible actuar suyo empezaba a desdibujarse. No, no se iría. Sus hijos tenían que hacer parte de lo venidero, participar en la construcción de un nuevo país, lograr de alguna manera lo que ella y su generación habían soñado.

Esto lo tenía claro. Sólo esto. Lo demás se aclararía poco a poco y gracias a algo absolutamente nuevo para ella: su encuentro con las mujeres después de un corto paso por una militancia trotskista en el Partido Socialista de los Trabajadores, cuya historia se asemejaba bastante a *La historia de Mayta* contada brillantemente por Mario Vargas Llosa. Porque al final de la década de los setenta, en el «Jardín de Freud»,

y antes de vivir la revolución de las mujeres, los tiempos eran los de la lucha de clases con la cual entonces se proponía resolver todos los males del mundo, eliminar todas las opresiones, incluidas —nos decían los compañeros— las que se ejercían sobre las mujeres, hecho que se produciría una vez las opresiones de clase hubieran desaparecido. Y muchas de las docentes de la Facultad de Ciencias Humanas de la universidad estábamos inmersas en este contexto de una posible revolución que cambiaría la vida, incluso la de las mujeres, nuestras vidas...

Pero esta revolución soñada nunca llegó y dio lugar a un inmenso desencanto frente a lo esperado y soñado por las izquierdas. Por cierto, esa militancia no fue en vano ni inútil, por supuesto que no. Le permitió conocer, o más exactamente, reconocer la profunda dimensión de las opresiones de clase, descubrir caminos para develarlas y denunciarlas, dar cuenta de sus variadas expresiones y de sus particulares maneras de atravesar los múltiples escenarios de la vida. Este paso por la izquierda dejó en ella profundas huellas a las cuales poco a poco procuraría conferirles nuevos significados.

Pero fue su encuentro con su género, hasta entonces bastante desconocido para ella, el que paulatina-

mente le proporcionaría la mayoría de las respuestas a las preguntas hasta ahora sin respuestas.

Ya conocía a los hombres. El primero fue su padre —puesto que antes de los hermanos, los maridos, los amantes, los amigos y los hijos, está el padre—, quien paradójicamente la marcó con su presencia demasiado tenue, demasiado ausente. De él, sin embargo, recibió una herencia vital, una dulce enseñanza de la tolerancia, una ética de la vida sin la menor sombra. Él era un abogado escéptico respecto al género humano, un hombre justo, pacífico —ella no le conoció un solo acto de violencia—, profundamente liberal, seguidor del general De Gaulle cuando tocó serlo y apolítico cuando la política no ofrecía nada nuevo. Vivió las dos guerras mundiales: tenía 12 años cuando se declaró la primera, que le quitaría dos hermanos mayores, y 37 años en 1939, cuando estalló la segunda. Fue un hombre visionario que ya en los años cincuenta hablaba de una Europa unida como única solución a las eternas luchas nacionalistas que provocaban tantos estragos y debilitamiento frente a las dos potencias hegemónicas, los Estados Unidos y la Unión Soviética de ese tiempo.

Ese hombre profundamente laico le enseñó que el ateísmo no reñía con la ética social, ni con la justicia,

ni siquiera con una sólida moral personal. Un padre así, a pesar de su dificultad para expresar física e incluso verbalmente sus afectos, aun a su hija adorada, no pudo sino darle una idea justa y nada apremiante de la ley, con la cual más tarde ella sabría dialogar, porque ese padre le había enseñado que la ley no es sino una herramienta de convivencia, nunca infalible, dada la complejidad de lo humano. Más tarde, en Colombia y en sus luchas por los derechos de las mujeres, esa enseñanza le serviría más que cualquier otra. Su padre le había enseñado que lo legal no es siempre lo más ético y que puede haber eticidad en lo ilegal.

También estaban sus hermanos —cuatro y siete años mayores que ella—, con quienes compartió la infancia. Eran unos muchachos comunes y corrientes en el contexto de ese momento, es decir, seguros del lugar que ocupaban en la familia y de su superioridad en cuanto varones. No recuerda haber compartido muchos juegos con ellos, pero sí muchas discusiones durante la adolescencia. A pesar de todo, contaría siempre con ellos y reconocería que le habían dejado muchos mensajes implícitos. Habían compartido una infancia alimentada de relatos de guerra y sin embargo feliz, baños de tina y desnudeces sin morbosidad, vacaciones en un pueblo de Normandía, a la orilla del

mar, durante las cuales ellos tenían mucha más libertad que ella. En fin, habían compartido lo que se podía llamar una educación liberal que provocaría los beneficios y estragos normales, y sin embargo distintos para cada cual, según su género y su posición en la familia.

Otro hombre fue su marido. Un marido latinoamericano, colombiano para más señas. Ella necesitaba alejarse de una madre demasiado histriónica y trágica. Ese colombiano encontrado en París le permitió hallar la justa distancia que ella necesitaba para encontrarse a sí misma. Pero ya se había pronunciado sobre esto.

También hubo amantes. Fueron pocos, y aparte del primero, quien tal vez le enseñó una manera mágica de ser colombiano justo después de su separación, los otros no hicieron sino reafirmarle lo mismo: que nada había de nuevo bajo el sol en lo que respecta a las relaciones de género, nada que permitiera darle otra posibilidad al amor bajo nuevos parámetros. Con sus amantes —tres, cuatro tal vez— no podía sino repetir aquello de lo cual deseaba huir. Con ellos, paradójicamente, hizo el irreversible aprendizaje de la soledad que se convertiría en amor a la soledad y que le permitiría por fin confrontarse consigo misma, sin miedo, sin temor y con un inmenso e inaugural goce.

Entre los hombres también están los amigos, los verdaderos, aquéllos que nos permiten recordar que todos y todas pertenecemos a la especie humana y que pueden existir relaciones entre hombres y mujeres exentas de poder, de deseo, de cálculos, de envidias. Ella tenía amigos de éstos, dos, tres, no más, con los cuales podía reírse del feminismo o defenderlo acaloradamente, porque ellos la aceptaban tal cual, sin pedirle cuentas ni argumentaciones académicas. Y en contraparte ella aceptaba sus arranques de machismo, sus ritos a veces tan masculinos, porque ellos, después de todo, no hacían parte de lo que soñaba cambiar; por ser sus amigos gozaban de una condición particular que no se podía justificar ni argumentar. Eran sus amigos. Punto. Y esto también fue importante para ella, porque le permitía tomar conciencia de la mujer patriarcal que la habitaba y que no quería o no podía erradicar del todo. Y supo asumir estas contradicciones que tal vez la hacían más humana. Nunca podría ser una feminista radical ni traicionar su sentir, eso lo sabía.

Finalmente estaban sus hijos, dos varones, como si se hubiera propuesto repetir su historia de niña con sus dos hermanos. Los sentía muy hijos suyos, a pesar de la presencia regular y fiel del padre los fines de

semana. El mayor tenía siete años y el segundo cuatro cuando ella se separó. Eran tan distintos el uno del otro, pero los dos eran tan suyos y por supuesto distintamente amorosos con ella. Ambos —ella lo sabía— siempre estarían con ella; así estuvieran lejos físicamente, siempre estarían cercanos a su piel, a su vida, a sus pasiones, a sus enredos con la vida, a sus luchas por las mujeres; tan solidarios con su feminismo que a veces ella se preguntaba cómo se había operado semejante milagro.

Sí, de alguna manera conocía a los hombres, su universo, su manera de entender el mundo, de habitarlo y de actuar en él; eso no le era del todo extraño. Amaba la compañía ocasional de los hombres, su conversación, su lógica de amo que no lograba esconder su inmensa vulnerabilidad frente a la vida cotidiana y sus pequeñas cosas. Reconocía que los hombres amados y aquéllos con los cuales había tratado de convivir habían sido los primeros en revelarla a sí misma. Para ella este hecho era relevante. Y al mismo tiempo reconocía su suerte por no haber tenido ninguna experiencia de temor con ellos —experiencia que conoce la mayoría de mujeres—, temor de caminar sola en una calle desierta y sentir de repente que un hombre se acerca, de estar sola en un ascensor frente a un

desconocido en medio de la noche o con un chofer de taxi demasiado silencioso que toma atajos desconocidos.

Casi toda mujer de un país como Colombia conoce ese temor a la agresión masculina, siempre posible; de hecho, casi todas sus amigas podían contar historias sobre hombres que justificaban su miedo. Ella se había salvado de esto, aunque no sabía muy bien por qué. Tal vez sólo porque rara vez andaba sola en una calle a medianoche o porque desde hace años, desde su infancia, había aprendido a protegerse de los hombres. Sabía que con ellos nunca hay que descuidarse, nunca hay que bajar la guardia.

Pero había llegado el tiempo de las mujeres. Ese tiempo enredado, complejo, lleno de nudos, vaivenes, fortalezas y debilidades; ese tiempo que nadie les podría quitar porque ellas no lo permitirían. Ella se disponía a vivirlo y, aunque no lo sabía todavía, duraría casi 20 años, quizás más. Un colectivo de mujeres, similar a los que comenzaron a existir a partir de los años sesenta y setenta en todo el mundo, marcaría el inicio del resto de su vida. Por eso tendría que seguir el relato en primera persona. Ya no podía ser «ella» o «Florence», porque el advenimiento del sujeto mujer

la obligaba a hablar desde un yo inaugural que debía asumir. Por eso, de ahora en adelante hablaré en primera persona, desde un yo sujeto.

Estamos en 1985. El Grupo Mujer y Sociedad se estaba gestando en la Universidad Nacional. Algunas profesoras nos encontrábamos a veces en los corredores de la Facultad de Ciencias Humanas para intercambiar inquietudes en relación con la falta de espacios académicos para discutir sobre el feminismo que ya, en otras tierras, se enfrentaba y cuestionaba a veces duramente al marxismo, al psicoanálisis y en general a las distintas disciplinas de las ciencias sociales. Fue en ese momento que conversé con un grupo de profesoras del Departamento de Trabajo Social. Las nombraré. Ellas son María Himelda, Yolanda, otra Yolanda que permanecería un corto tiempo con el grupo, María Eugenia —conocida cariñosamente como La Kika— y Guiomar, del Departamento de Historia. Las seis empezamos a reunirnos todos los jueves a mediodía en mi oficina del Departamento de Psicología, con una empanada, un yogur y una mandarina. En ese momento pertenecía al Departamento de Psicología, del cual era directora; pero fue en el Departamento de Trabajo Social donde mis inquietudes por

la cuestión femenina encontraron más resonancia. Muy pronto el grupo creció: en pocos años ya éramos doce las integrantes dedicadas a estudiar semanalmente las grandes temáticas del feminismo, que poco a poco cambiarían nuestras vidas.

Todas éramos mujeres de ciencias sociales, docentes de la universidad, quienes —como yo, en ese momento particular de mi vida— necesitábamos con urgencia respuestas a preguntas vitales referentes al sentido de nuestra existencia en cuanto mujeres insertas en un mundo todavía tenazmente patriarcal. También, aunque este motivo no estuviera muy explícito en los inicios del grupo, todas estábamos habitadas por el deseo de develar los mecanismos sutiles o burdos utilizados por una institución intelectual como la universidad para mantener en su seno, en sus distintas disciplinas y hasta en sus prácticas pedagógicas, tanta dominación masculina. Ya algunas de nosotras habíamos leído *El oficio de sociólogo* o *Los herederos* de Pierre Bourdieu, y de alguna manera sentíamos la necesidad de entender el modo como se constituían y reproducían los conocimientos que había permitido, entre otras cosas, tanta jerarquía académica y tanta misoginia en un centro como la Universidad Nacional de Colombia, que se creía a la vanguardia del saber y de las tendencias revolucionarias.

Los primeros años fueron eufóricos, embriagantes. Nos reuníamos con la disciplina propia de las mujeres cuando se apasionan por cambiar el mundo, que en este caso equivalía a cambiarnos a nosotras mismas, premisa necesaria para cambiar el mundo, según lo intuíamos. Éramos conscientes de la pequeña revolución que se generaba cada jueves en los corredores del Departamento de Psicología. Entonces el grupo se buscó un nombre y durante un buen tiempo estuvo tentado de llamarse Lilith, por el significado mítico de esta primera Eva rebelde que muy pronto desapareció de los relatos bíblicos oficiales por no obedecer al protovarón Adán. Lilith habría sido un buen nombre, pero finalmente optamos por la denominación más académica de Grupo Mujer y Sociedad. En los albores del feminismo teníamos que caminar prudentemente para poder sobrevivir en semejante jungla patriarcal universitaria.

Ya hablé de las mujeres fundadoras. Al año de haber sido creado el grupo se integró Juanita, otra profesora del Departamento de Trabajo Social, quien marcaría un hito en el grupo y jugaría un papel de importancia en mi conversión. Es difícil hablar de esta mujer porque allí está, con su increíble poder de escucha, de reflexión, de diálogo y de síntesis. Es una

mujer cuyo discurso procura estar en concordancia con su vida, con sus encuentros con los otros y las otras; una mujer cuyo corazón, tan grande como su clan familiar, no deja de latir con la única esperanza de que la humanidad sea un día mejor; de que la guerra, como cualquier otro recurso a la violencia, sin importar el pretexto que la anime, acabe por ser considerada inadmisible. Juanita no sería la madre —esa imagen acabaría asumiéndola yo en el grupo—, sino una especie de escenario, la conciencia y la razón de ser de nuestro colectivo. Sin ella más de una vez habríamos quedado huérfanas de caminos posibles, de utopías, de renaceres después de tormentas inevitables en tiempos de profundos cambios. En gran parte gracias a ella el grupo ha llegado a la adultez después de haber franqueado, mal que bien, una infancia difícil aunque muy rica y una adolescencia tortuosa; gracias a ella sigue vivo.

Algo después de la llegada de Juanita, Magdalena nos acompañó un tiempo, así como Donny y otras profesoras que, aun cuando finalmente optaron por independizarse del grupo, nos han aportado mucho, cada una a su manera y desde su propia perspectiva. Lya Yaneth, en ese entonces estudiante de sociología que estaba terminando su tesis de grado, y Elsa, estu-

diante de trabajo social que realizaba sus prácticas, representaron a las nuevas generaciones en el grupo. Luis, con su aguda mirada psicoanalítica y su solidaridad de hombre feminista, también formó parte de nuestro colectivo durante algunos años. Algo más tarde se integraron otras mujeres: María Cecilia, bióloga y educadora; las dos Patricias, sociólogas con una afortunada mirada de la sospecha; Beatriz, la artista, la sensible, quien le confirió al grupo su dimensión estética; María Elvia, actual directora de la Escuela de Estudios de Género de la universidad, y Martha, la filósofa, la más radical de todas, quien nos regaló un feminismo transversal, algo de anarquismo y de antiinstitucionalismo. Martha, la inconforme, la apasionada, la sembradora de desorden, nos prevenía sin cansancio sobre nuestro posible alejamiento de un feminismo subversivo cuando percibía en el grupo la atracción por el concepto de género, al cual tuvimos que abrir la puerta con el fin de que nuestro feminismo resistiera los embates del patriarcado reinante en la universidad y en el país.

Igualmente nos acompañó Circe, una ingeniera que venía de la física, una disciplina particularmente dura; ella nos acercó a una mirada sobre conocimientos del Lejano Oriente. Y llegaron más: Nohema y

Dora Isabel, dos académicas muy brillantes en quienes se expresa nuestro encuentro con el movimiento social de mujeres; y últimamente Angélica, Zully y Gloria Helena, tres mujeres vinculadas a los recién inaugurados posgrados en género. Espero haberlas nombrado a todas, porque con su presencia permanente o su paso a veces corto, determinado por diferentes razones, todas aportaron al grupo. Y también merecen mención algunas que nunca pertenecieron del todo al colectivo pero que se mostraron solidarias con nosotras desde otros espacios u otras maneras de trabajar.

El grupo, quizás sin ser muy consciente de ello, estaba construyendo un espacio no sólo académico sobre la cuestión femenina y las grandes teorías feministas del momento, sino vivencial, porque nunca descartaría las emociones, el cuerpo y ese fantástico capital humano que representa un colectivo de seis, siete o diez mujeres decididas a trabajar sobre sí mismas para poder más adelante transmitir sus conocimientos desde la coherencia interna y la autenticidad de su discurso. Frente a este saber subversivo que encarnaba, por lo menos desde la academia colombiana, lo aún no pensado ni dicho, era imprescindible cambiarnos a nosotras mismas antes de construir a nues-

tras semejantes. Pero todas no estaban dispuestas a vivir esto. Y lo entiendo. Existen diferentes maneras de ser feminista. Ya nos lo decía Gina Vargas, feminista peruana, amiga nuestra, quien más de una vez se convertía en maestra para nosotras: «...feminismo ya no en singular sino en plural, expresado de múltiples formas y en múltiples espacios».

Como también lo mencioné al principio, hoy día existen diferentes feminismos y distintas maneras de asumir el feminismo. Hoy éste se expande en una red de iniciativas sectoriales y asume una variedad de formas y de compromisos. En la actualidad coexisten feminismo liberal o de la igualdad, feminismo de la diferencia, feminismos académicos y feminismos militantes, cuyas coexistencias y convivencias no son siempre fáciles.

Si hoy ser mujer es no reconocerse en lo ya pensado, en los roles prescritos y en las múltiples imágenes distribuidas por los medios de comunicación; si hoy ser mujer es extraviarse y aceptar la incertidumbre como factor de construcción de una nueva identidad, entonces el Grupo Mujer y Sociedad ha sido el catalizador de la búsqueda particular de cada una de las mujeres que le ha dado existencia. Gracias a las temáticas abordadas y a la seriedad con la cual las

asimilábamos, discutíamos, criticábamos y hacíamos nuestras, cada una de nosotras descubrimos una libertad frente al pensar, al decir y al hacer que no conocíamos.

Poco a poco y a medida que trabajábamos los orígenes del patriarcado con los textos de Elizabeth Badinter, de Gerda Lerner y de Riane Eisler, a quien tendríamos la oportunidad de conocer personalmente, o las relaciones del feminismo y del psicoanálisis con Lucía Guerra, Jane Flax, Julia Kristeva, Luce Irigaray, o las angustiantes preguntas sobre la difícil construcción de la feminidad con Christiane Olivier o Silvia Vegetti, entre otras, nos volvíamos capaces de quebrar viejas explicaciones al hacer nuevas preguntas a las grandes tesis de las disciplinas sociales que compartíamos. Con los bellos textos de Celia Amorós y de las feministas italianas encabezadas por Carla Lonzi, cuya tesis de doctorado en filosofía se llamó *Escupamos sobre Hegel*, y también con los escritos polémicos de las mujeres de la Librería de Mujeres de Milán, descubríamos que la filosofía occidental ha sido casi totalmente ciega respecto a la diferencia sexual y que el saber tiene sexo. La tan famosa expresión de Lacan «La mujer no existe» cobraba nuevos sentidos para nosotras cuando entendíamos que la mujer no

existe en cuanto concepto universal sino como realidad biológica, como hembra, como reproductora de la especie, pero nunca con la misma connotación del concepto de hombre que, antes que significar varón o macho, tiene una acepción universal que remite a la humanidad entera.

Sí, todas estábamos construyendo una mirada de la sospecha, de una irremediable sospecha epistemológica que nunca más nos dejaría tranquilas, aun cuando cada una de nosotras la asumiría de manera distinta. Pero desde nuestro sexo construimos un lenguaje común, una mirada cómplice de mujeres ilustradas que ya no podría yacer por más tiempo en la indiferencia y la neutralidad.

Conocimos así el largo reino de las diosas madres que imperaron antes del monoteísmo judeocristiano, hasta que un dios único y castigador nos dejó huérfanas de diosas y de poder sagrado. Supimos de Ishtar en Mesopotamia, Isis en Egipto, Gaia en Grecia, Cerridwen en Irlanda, Sarasvati en la India; supimos de estas diosas veneradas en muchas partes durante un largo período antes de Cristo y entendimos cómo la instauración de un dios padre marcó definitivamente el fin de un período de respeto y admiración para las mujeres y probablemente de más armonía y solidaridad entre los humanos.

Llegó el triste tiempo de la mujer sometida al padre, al marido, al hijo, al espíritu; fue el tiempo de la victoria del falo sobre los poderes femeninos. Siglos de dominación les estaban reservados a las mujeres desde contextos como el judaísmo, el cristianismo y el islamismo, que sabrían cómo someterlas, además de culparlas de haber traído a la tierra la sexualidad, el mal, el pecado y la muerte. Una fantástica operación cultural había transformado a las mujeres de diosas en brujas, de seres venerados en mujeres maléficas.

Leímos capítulos de ese inmenso trabajo de recuperación de la historia de las mujeres emprendido bajo la dirección de Georges Duby y Michelle Perrot para entender en qué contextos históricos pudieron realizarse estos cambios que marcarían tan profundamente la construcción de nuestras identidades. Supimos así de la difícil construcción de la masculinidad, de los tortuosos y dolorosos caminos de la feminidad y de los avatares de la maternidad en contextos patriarcales tan imponentes. Evocamos y recuperamos poco a poco partes de nuestra historia tanto prehispánica como colonial. Entendimos el devastador efecto de los inicios de la Revolución Industrial del siglo XIX sobre la constitución de un maternalismo y un familismo que teníamos ahora que desbancar. Rescatamos

del olvido a las pioneras que nos precedieron en tiempos mucho más adversos que los que conocimos.

Discutimos horas enteras, durante sesiones enteras, sobre la escritura femenina, ilustrando nuestras apasionadas charlas con los textos de Virginia Woolf, Marguerite Duras, Marvel Moreno, Alba Lucía Ángel, Ángeles Mastretta, Luce Irigaray y Helène Cixous, entre otras, y sí, nos convencimos de que la escritura de las mujeres pasa por el cuerpo y sólo así se vuelve inaugural, porque deja de ser la repetición del discurso paterno, o sea del discurso del amo. Tal vez estábamos descubriendo que los textos femeninos nos acercan más a un sentir que a un saber o un decir; tal vez la escritura femenina tiene algo más de arcaico que la masculina, quizás porque las mujeres ya no quieren seguir hablando una lengua del exilio que las extraña, la lengua del padre a pesar de que todo el mundo la llame «lengua materna».

Peleando, discutiendo y aprendiendo, crecíamos juntas al sentir que la práctica de las relaciones entre mujeres es una herramienta fundamental de transformación del mundo. A veces surgía el desánimo, la tristeza, la sensación de que los cambios no se daban con la velocidad soñada y deseada. Nos olvidábamos de que trabajábamos con procesos sociales cuyos cam-

bios tienen su propia dinámica. Pero sabíamos que para las mujeres pedir lo imposible se había vuelto posible y que la utopía no era una quimera sino un laboratorio de ideas.

Poco a poco, el grupo dio lugar a otro lenguaje, uno propio de las mujeres lleno de dolores que Martha nos enseñó tan bellamente a reconocer —creo que difícilmente un grupo mixto o de hombres permitiría que aflojara el cuerpo, que las emociones fluyeran y que el trabajo de repente se centrara en los afectos y en las angustias, como ocurre en los grupos de mujeres. Se trataba de un dolor consignado en nuestra memoria histórica y generado por lo que Martha llamaba «la maquinaria patriarcal». Sí, el grupo trabajó también con el dolor, con la memoria —nuestra memoria—, con los imaginarios femeninos perdidos o desdibujados por una historia obstruida por la cultura patriarcal. El grupo supo rescatar las emociones y volverlas indispensables para afianzar nuestra nueva manera de ser mujeres y proporcionarnos la fuerza suficiente para construir a nuestras semejantes, cosa difícil en este país de hombres y mujeres machistas que todavía se resisten a abandonar una condición de subordinación y discriminación para estrenar el goce producido por el ejercicio de la autonomía y de una ciudadanía participativa.

Así llegó la década de los noventa, y con ella el tiempo de formalizar e institucionalizar nuestro inaugural saber con el fin de legar a la Universidad algo que pudiera avanzar independientemente del grupo. Claro que cada una de nosotras, desde sus cátedras, sus investigaciones, publicaciones y espacios de extensión, desde sus cursos de contextos, seminarios, simposios y encuentros sobre la cuestión femenina, de alguna manera ya había iniciado la institucionalización de esta extraña mirada a partir de sus disciplinas particulares. Y si bien es cierto que a finales de los noventa teníamos teorías para explicar las formas de opresión que sufren las mujeres, y en Colombia la perspectiva de género se había institucionalizado en varios sectores de la administración pública, no por eso habíamos logrado que la mayoría nos escuchara, y menos que nos comprendiera. La invisibilidad de las mujeres seguía vigente; su ausencia en lugares estratégicos de la economía o del proceso de paz era innegable; su relativa poca participación en lugares de decisión política que obligó a la creación de una ley de cuotas que se revelaba como ley de reparación histórica, era evidente.

Sin embargo, nos siguen repitiendo sin cansancio que el tiempo de las mujeres ya pasó, que es tiempo

de trabajar desde lo relacional, de reintroducir la dialéctica hombre-mujer, de pensar en la identidad masculina; en fin, tiempo de casarnos con la categoría de género. Fue así como llegó el tiempo de dar a luz una primera hija que nació en 1996, fecha de la creación del Programa de Estudios de Género, Mujer y Desarrollo en la Universidad Nacional. Una generosa financiación de la Embajada de los Países Bajos permitió que nacieran cinco subprogramas: dos posgrados, un fondo de documentación en gran parte donado generosamente por Magdalena León, cinco líneas de investigación y un programa de extensión a la comunidad. A la fecha, este programa ha formado a tres promociones de posgraduados y posgraduadas, ha auspiciado un acervo de investigaciones y publicaciones que nos ubica a nivel internacional en cuanto a producción sobre la temática, y ha dado múltiples respuestas a demandas de la sociedad en torno a la creación de redes y observatorios y a intercambios con organizaciones y ONG de mujeres en el país y el exterior.

El Programa de Estudios de Género demostró a la comunidad académica la pertinencia de su creación tanto para la universidad como para el país. También en ese período, el Grupo Mujer y Sociedad y nuestro feminismo se cruzaron con la guerra que recrudecía

en las cuatro esquinas de Colombia y que nos obligó a abrir puertas a otros feminismos, o al menos a otras prácticas del feminismo. Tuvimos que aprender a tender puentes entre los distintos grupos del movimiento social de mujeres para hacer frente a la guerra, para denunciar sus estragos, para visibilizar sus impactos sobre las mujeres y reflexionar sobre fenómenos como el desplazamiento que, si bien no era ni mucho menos un evento nuevo para este país que vive los embates del conflicto armado desde hace más de 50 años, estaba tomando proporciones nunca antes vistas. La guerra afuera y las múltiples guerras internas, menos visibles mas no menos dramáticas, nos estaban envolviendo del todo. Pero el grupo tenía que seguir creciendo a pesar de ellas y con ellas, es decir, tratando de hacerles frente.

Entendimos entonces nuestra particular manera de habitar el mundo, de entenderlo y de actuar sobre él desde la diferencia; supimos que igualdad y diferencia no eran conceptos antitéticos. Descubrimos el pensamiento de la diferencia generado por ese feminismo italiano tan cálido y seductor que enfocaba los problemas desde una mirada crítica de la igualdad radical o neutralidad masculina. Así comprendimos que no hay una sola manera de ser feminista y de vivir

el feminismo y aprendimos a escucharnos, a aceptar nuestras diferencias y nuestros inevitables pequeños conflictos de poder. Sabíamos que no estábamos construyendo un paraíso sino sencillamente una mejor manera de ser humanas y humanos, que tendría que impactar a la sociedad entera y que de hecho la impactó profundamente porque al mismo tiempo que las mujeres del Grupo Mujer y Sociedad hacían esa pequeña y a la vez inmensa revolución, múltiples grupos habían nacido en Colombia y otros ya estaban trabajando en todo el mundo desde diversas metodologías, afianzando el feminismo como teoría y práctica plural.

Nos sabíamos cada día más acompañadas, aunque no en la universidad, donde encontramos las más duras resistencias, sí a nivel nacional por la multiplicidad de los grupos de mujeres que aparecían en todas las regiones del país; y por supuesto a nivel internacional, por la impresionante producción teórica en campos como la ética, la historia, la antropología y el psicoanálisis. Aprovechaba cada uno de mis viajes a París para conseguir muchos libros, textos académicos sobre el tema, novelas escritas por mujeres y ensayos sobre identidad, sexualidad femenina, sexualidades, masculinidad, amor, gays y lesbianas... en fin, sobre

debates que atañen profundamente a la modernidad, al menos a una modernidad que trata de cumplir sus promesas.

Al mismo tiempo, las integrantes del grupo tuvimos que resolver muchos nudos personales de nuestras vidas afectivas y amorosas con los hombres que amábamos, con nuestros hijos e hijas, con las otras mujeres, con nuestros compañeros, con los y las colegas de la universidad que individualmente nos veían como brujas y al grupo como un aquelarre donde se cocinaba quién sabe qué brebaje para envenenar a los hombres y decir pendejadas en las clases. Cada paso adelante representaba un costo grande, casi tan grande como el goce que también supimos encontrar. Poco a poco entendíamos que lo que recibíamos era una inversión para las mujeres colombianas, porque cada una de nosotras, desde sus espacios particulares, estaba dispuesta a devolver lo adquirido.

En los primeros años del grupo, casi todas las integrantes eran casadas o vivían con un hombre. Cuando el grupo cumplió 17 años de vida, sólo La Kika seguía casada, porque había logrado construir un pacto de convivencia distinto con su compañero, y que él y ella logran mantener vigente hasta hoy. Pero para las otras, el costo de atravesar críticamente la cultura masculina había sido grande: para casi todas signifi-

có el rompimiento del vínculo amoroso. Quienes ya estábamos separadas cuando se integró el grupo nos volvimos consejeras de las otras en los momentos de crisis matrimonial, de separación, de duelos, y más de una vez el espacio del grupo se transformó en un lugar para el *affidamento* y la *sororidad*, prácticas que habíamos descubierto con las feministas italianas.

Me acuerdo de una sesión entre muchas otras, y más exactamente de lo que ocurrió antes de iniciar la agenda de trabajo. Mientras todas llegaban, las presentes se saludaban y se abrazaban, intercambiando chismecitos y noticias varias, algo muy propio de Colombia, una especie de ajuste entre la gente, un tiempo que se dan las integrantes de un grupo antes de iniciar la actividad prevista... Ese «¡Hola!, ¿cómo estás? ¿Qué has hecho? ¡Qué bueno verte! Cuéntame, ¿qué hay de nuevo?», que tal vez responde al hecho de que la noción del tiempo para las mujeres sigue siendo muy flexible, permeable a ritmos de la vida todavía no subordinados del todo a la producción y al mercado; no sé... Me acuerdo de ese inicio de reunión; por el momento sólo estábamos Juanita, Yolanda, Martha y yo.

—¡Mujeres, no soporto más a los hombres, odio a los hombres! —empezó Juanita con un tono de rabia que poco le conocíamos.

—¿Qué te pasó? Cuenta… Sabes que a todas nos pasa lo mismo muy a menudo, pero cuenta.

—No sé, es algo que me está sucediendo cada vez más: los veo en un restaurante, comiendo en silencio, en la universidad, hablando de política o de la última pelea con el jefe, y no sé, no sé… no los soporto más.

—Tranquila, Juanis —le dije yo—, que esto nos pasa a todas de vez en cuando. A menudo son en verdad insoportables.

—No, no es que sean cada vez más insoportables, es que yo soy cada día más sensible, que estoy más alerta. Los veo tan seguros de sí mismos, tan guerreros, depredadores; y también los veo vulnerables y frágiles, excluyentes y sordos a las voces que no hacen eco de las suyas; los veo amos de todo, del saber, del raciocinio, del otro, pero sobre todo de la otra… Oscuros en el amor, guerreros en la vida… cada día más inaccesibles. No sé qué me pasa.

—No te pasa nada. Estás en tus días de alergias: alergias al polen de las flores, al humo del cigarrillo, ¡y a los hombres!

—Sí, tal vez, pero me parece tenaz sentir esto, porque no es lo que quiero. Quiero una humanidad reconciliada, no una humanidad de exclusión… No sé, es que no los soporto. Cuando pienso que aun con

nuestros compañeros de la universidad, e incluso con los de la Facultad de Ciencias Humanas, esos hombres que deberían estar más cerca de nosotras, los hombres que conocemos, algunos que apreciamos, que amamos, cuando los veo en sus seminarios... o más exactamente en sus «semenarios», imbuidos de palabras, seguros de sí mismos, sin dudas, dispuestos a hacer chistes sexistas insoportables a la primera observación mía para que, por favor, feminicen su lenguaje y dejen de hablar de «compañeros», de «profesores», de «los» estudiantes... Y todos se ponen a reír, diciendo: «¡Ah, Juanita, deje su feminismo para las reuniones del grupo de sus brujas, no nos venga con eso aquí, que tenemos que redactar ya este documento y no es el momento para pedir feminización del lenguaje...» No los soporto. Para ellos, después de 15 años de trabajo, de seminarios, de cursos de contexto, de posgrados que iniciamos en esta universidad, la universidad pública, la Universidad Nacional..., para ellos seguimos perdiendo el tiempo y el feminismo no deja de ser un pasatiempo de moda; no, ni siquiera de moda, puesto que nos preguntan a menudo por qué insistimos tanto, por qué gastamos tanto tiempo en cambiar el lenguaje cuando todo el mundo entiende con una sola palabra... Claro que con la palabra masculina... ¡No! ¡Les aseguro que no los soporto!

—Juanita, cálmate, no es la primera vez que esto nos pasa; nos pasa todos los días de una manera u otra.

—Sí, lo sé, pero hay días que una no lo resiste más. Y lo peor es que siento que en la cama es lo mismo. En mi última noche con un hombre chévere... bueno, ustedes saben de quién hablo... Sí, para qué, el hombre tierno y delicioso, el hombre bello y todo, pero cada vez que abría la boca, la embarraba y yo tenía unas ganas de decirle: «Por favor, hazme el amor pero en silencio. Cállate, te lo suplico, no la embarres más». Uno no puede vivir así, ¿o sí...?

—No, Juanis, uno no puede vivir así. Por eso estamos en lo que estamos, por eso tratamos de cambiar el mundo y este cambio incluye a los hombres. Ahora bien, hermana, lo que logremos probablemente no lo veas tú, no llegues a vivirlo tú, pero sí tu hija.

—¿Lo creen de verdad?

—Sí, Juanis, si no sería confesar nuestra derrota, sería rendirnos.

—Sí, yo estoy de acuerdo con Juanita —dijo Martha—. Mientras tanto nos toca soportar y aguantar a estos tipos que además creen sabérselas todas.

—Pues no se los aguanten —dije yo.

—Además les cuento, mujeres —añadió Martha—, que aun cuando todo va más o menos bien en

la cama, todavía exiliamos nuestro cuerpo, nuestro deseo y, medio inconscientemente, nos doblegamos al deseo del otro, al orgasmo del otro, a su erotismo y a su maquinaria que nos aniquila. Yo sigo pensando que el erotismo femenino no existe aún, no ha podido existir. Nuestro deseo está todavía profundamente condicionado por siglos de patriarcado, y la gramática sexual de nuestro cuerpo se escribe todavía en masculino. Será largo volver a develar ese lenguaje nuestro; y digo «volver» sin saber del todo si es una vuelta a un pasado lejano, cuando tuvimos ese poder de lo sagrado, cuando reinaba la diosa madre y las centenares de diosas que existieron allá en nuestra prehistoria, o si se trata simplemente de descubrir y construir algo que nunca tuvimos ni existió. Estar con el otro sin dejar de ser nosotras mismas será largo y doloroso... «Amo a ti», decía Luce Irigaray; no «te amo», sino «amo a ti»; un amor que deja espacio entre dos, que no abarca al otro ni a la otra, que no anula a ninguno en un acto de canibalismo. Tal vez sea necesario que nos ausentemos un tiempo de los hombres... Quién sabe. No soy muy optimista, y menos en tiempos de guerra.

—No pues, ¡gracias, Martha, por el ánimo que nos das! Gracias de verdad.

—No —dijo Yolanda, la Yolanda conciliadora, concesiva—, lo siento pero yo no puedo ser tan radical como ustedes, hermanas. Seguiré buscando un hombre, un hombrecito para los fines de semana, para los sábados, incluso para volver a enamorarme, y me olvidaré de todo lo que acabo de oír.

—Sí, y después vendrás a llorarnos que te sientes utilizada, que te sientes como un trapo, que estás harta...

—Pero qué hago, si soy así: contradictoria, paradójica y sí, tan concesiva, ¡por lo menos los sábados por la noche!

—Miren, mujeres, igual que Martha, creo que la serenidad que podemos adquirir hoy no se obtiene gratuitamente. Su costo es grande: un costo de violencias secretas con nuestro cuerpo, con nuestra piel, con nuestro lenguaje. Nos implantamos en la cultura dominante y somos reconocidas, pero al precio de una gran mutilación, o resistimos y escogemos la autenticidad que nos permite seguir insistiendo en esta contracultura, o más bien en esta «otra cultura» que necesita encontrar un espacio, al menos durante un tiempo. Después tal vez llegue el fin del desencuentro, del patriarcado y de esta extraña guerra de poder entre sexos, y se inicie una humanidad reconciliada en la

cual los poderes circularán de otra manera, por lo menos más horizontalmente entre hombres y mujeres. Tendremos entonces una cultura incluyente.

—Sí, ¿y mientras tanto qué hago yo si todavía necesito un hombre al lado? —insistió Yolanda—. No estoy lista para la soledad, ni siquiera para la «soledad habitada», como la llama Florence.

—Pues creo que no vale castigarte —dijo Juanita—. Si no te sientes lista para un sábado distinto, busca a un hombrecito. Mejor dicho, haz lo que te dicte el corazón…

—Y un día verás cómo esto te hará sonreír, cómo te sentirás fuerte y lista para esta soledad habitada que, ojo, no significa el destierro de la piel ni del sentir; sino que una ya sabe que el amor no puede ser sino una conquista de dos soledades; ya sabe que una existe para amar y no ama para seguir existiendo. Entonces sentirás cómo el amor se vuelve liviano, dulce y a la vez posible, justamente cuando entiendas que es un imposible.

Algo así era también nuestro grupo.

El tiempo de las mujeres fue esto y mucho más. Fue un tiempo de seminarios sobre vida cotidiana y género, de cursos de contexto sobre la cuestión femenina, de eventos nacionales sobre feminismo y cien-

cias humanas, sobre el concepto de género, sobre decenas de temáticas relativas a los encuentros entre feminismo y psicoanálisis, feminismo y antropología, feminismo e historia, feminismo y política, ética feminista y mujeres, y guerra, entre otras. Fue un tiempo de construcción de conocimientos, de producción e investigaciones, de construcción de redes con otros grupos y organizaciones de mujeres. Fue un tiempo de enorme fecundidad tanto para nosotras como para la universidad y para el país. Porque además, como lo mencioné anteriormente, la pregunta por la guerra que vivía esta tierra nunca nos abandonó.

Para mí también fue un tiempo dedicado a divulgar este nuevo saber, a construir a mis semejantes, a devolver de alguna manera lo que había recibido y seguía recibiendo. Ya me había pensionado, y empezó entonces el tiempo de los viajes a lo largo y ancho de Colombia. De la costa atlántica y la Guajira hasta Neiva y Pasto, sin olvidar el valle de Sibundoy; de Cali a Medellín; de Palmira a Armenia y Cartago; de Bucaramanga a Pereira; de Ibagué a Tunja, Montería y Sincelejo; de Riohacha a Cúcuta; San Andrés y Providencia; también Buenaventura. Iba a donde me invitaban; iba y en dos o tres horas, a veces en una mañana, y en el mejor de los casos en uno o dos días,

trataba de contagiar a las mujeres de este nuevo saber sobre ellas.

A medida que los años pasaban, me sentía más segura, con más argumentos, con menos temores para confrontarme con las críticas que no faltaban por parte de los pocos hombres que asistían a mis charlas o seminarios y no resistían ese discurso, e incluso críticas de mujeres que no podían permitir que se les desordenara un mundo al cual se habían sometido, o mujeres que no habían advertido todavía su discriminación. Al final de las charlas solían decirme que para ellas ese discurso era extraño porque nunca se habían sentido discriminadas. Yo les respondía: «Mujer, ni siquiera te has dado cuenta aún. Ojalá no te dé muy duro cuando te pase».

En esos viajes tuve la suerte de encontrarme con una inmensa variedad de mujeres, todas tan diferentes e iguales: blancas y negras, burguesas y populares, ricas y pobres, extremadamente pobres, secretarias, maestras, universitarias, ingenieras, amas de casa, líderes comunales, indígenas, campesinas, desplazadas, reinsertadas... Sí, tan diferentes y a la vez tan semejantes por compartir una dolorosa memoria histórica, unos imaginarios borrosos y casi desdibujados después de siglos de maltratos, opresión, violencias,

abusos, humillaciones y, por supuesto, guerras. Sí, hemos compartido siglos de dolores que hoy nos permiten tejer la trama de un lenguaje común. Ese pasado me permitía encontrar la manera de hablar a mujeres muy distintas en un mismo evento. Siempre intuía su historia, y no erraba porque era la mía: estábamos hechas de la misma materia, del mismo humus; nuestro vientre había conocido las mismas aventuras; nuestra sexualidad todavía esperaba mejores tiempos y nuestros silencios históricos confesaban siglos de resistencias.

No es difícil hablar con las mujeres. Son tan ávidas de saber, de oír, de hablar y de contar... Pero nunca nadie las escuchó ni las escucha aún con seriedad; nadie nunca pensó que sus historias, sus relatos de vida cotidiana y su particular manera de habitar el mundo tuvieran sentido, construyeran algo nuevo, revelaran esa otra cara de la humanidad que es ni más ni menos la dimensión femenina de la humanidad. Por eso el hecho de ser escuchadas es inaugural para ellas, para nosotras. Muchas feministas piensan hoy que la relación de la mujer con las demás mujeres es lo no pensado de la cultura humana. La práctica de las relaciones entre mujeres es uno de los instrumentos femeninos más contundentes de transformación del

mundo. Estoy segura de esto porque lo vivo diariamente. Al escucharse entre ellas, las mujeres no sólo afianzan su identidad sino que desatan una fuerza liberadora al descubrir el placer de ser mujer, de pensar por sí mismas, de decir lo que tienen que expresar, por fin sin obligación de justificarse frente a una ideología masculina que siempre las juzgó con parámetros que no las incluían.

Cuántas veces, al final de una charla o de un debate, las mujeres se me acercan para decirme: «Florence, es la primera vez que me siento feliz y orgullosa de ser mujer». Y sí, probablemente sea la primera vez que sientan que el hecho de ser mujer representa algo significativo en este mundo que tanto huele a machos.

Con ellas peleo por la recuperación de la palabra, *su* palabra; peleo por su derecho a participar en la administración del mundo, un mundo más ameno y amoroso, si no para ellas, al menos para sus hijos e hijas; peleo por una concepción profundamente laica del Estado, donde ya no se confunda lo civil con lo religioso, un Estado que no pueda hacer suyos los dogmas de la Iglesia, porque hoy debe ser un Estado social de derecho, multicultural, capaz de reconocer la diversidad de creencias y maneras de habitar el

mundo. Peleo por su sexualidad plena y gozosa, por sus derechos sexuales y reproductivos, por su derecho al placer, a la autonomía, a la escogencia de opciones en cuanto a su vida; peleo por una nueva complicidad entre ellas capaz de derrumbar el hecho de que durante siglos ellas mismas fueron el medio más tenaz de su propia opresión; peleo por la construcción de un amor propio que posibilite nuevas éticas del amor, por el reconocimiento de la autoridad femenina y el amor posible entre mujeres. Con ellas peleo por la vida, sólo la vida. Y no ha sido difícil, porque las mujeres colombianas están ansiosas de felicidad y son atrevidas, generosas, soñadoras y creen en un imposible siempre posible; en este sentido son libertarias.

Lo arduo, lo difícil es confrontarse con la cultura, con las resistencias patriarcales, con los poderes y las normas instituidas, con la ceguera de muchos hombres frente a las nuevas evidencias, con la falta de voluntad política y los engaños de una modernidad que estafó a las mujeres. Probablemente sea tiempo de trabajar con los hombres para que la brecha entre ellos y las mujeres no siga ampliándose. Pero confieso que quisiera que ellos mismos fueran los actores principales de este trabajo.

Las feministas fuimos las responsables de las preguntas por nuevas identidades, y entre otras por la

identidad o las identidades masculinas. También nos cabe la responsabilidad de haber puesto en plural la sexualidad y la violencia, y de haber hecho múltiples preguntas a una modernidad que seguía engañando a más de la mitad de la población. Sí, trabajamos sin descanso buscando respuestas a esas preguntas que tanto nos inquietaban. Pero no nos pueden pedir que respondamos a la pregunta sobre la masculinidad. A los hombres les compete responderla; ellos y sólo ellos sabrán si vale la pena buscarle una solución. No me puedo meter en el deseo masculino; al respecto, lo más que podría hacer es construir hombres según mi ilusión y mi deseo, y éstos nunca existirán, lo sé. Hay cosas que las mujeres no pueden resolver ni hacer por los hombres. Mientras los hombres se deciden a trabajarse a sí mismos, seguiré acompañando a las mujeres y trabajando con ellas.

Escuchar a las mujeres con seriedad no es una práctica fácil cuando se vive en un mundo patriarcal, un mundo de «des-equifonía», como lo llama una amiga feminista. Porque en ese mundo nuestro discurso es escuchado desde parámetros patriarcales e interpretado a partir de una ética patriarcal. El mejor ejemplo de esta «des-equifonía» es el de una joven que va a denunciar una violación. Quienes escuchan su re-

lato lo hacen en un contexto patriarcal que bien podemos resumir de la siguiente manera: detrás del relato de quien acaba de ser víctima en carne propia de uno de los crímenes más horrendos de cuantos existen, siempre estará presente en la mente de la persona que escucha —se trate de un hombre o incluso de una mujer—, consciente o inconscientemente, la pregunta: «¿Qué habrá hecho esta mujer para que la violen?» O «¿Qué hacía esta joven en la calle a las once de la noche con minifalda y escote pronunciado? ¿No será que se lo buscó?» En esto consiste exactamente la «desequifonía»: se oye pero no se escucha. Y por no escuchar, un caso como el de esta joven se interpreta en un contexto absolutamente patriarcal y por consiguiente ajeno a ella. Así, de víctima pasa a ser culpable.

Me pregunto: ¿será posible para las mujeres tener derechos en una cultura de hombres? Las mujeres de la Librería de Milán, en un bello y polémico texto titulado *No creas tener derechos*, argumentan de manera radical la complejidad de la cuestión de los derechos de las mujeres en un contexto patriarcal. Y por cierto lo vivimos de manera dramática y constante en Colombia. El ejemplo del juicio de Alba Lucía, la joven campesina de Abejorral, es revelador en ese sentido, y si no fuera por una abogada —su nombre es Ximena

Castilla—, vehemente feminista cuya mirada de la sospecha fue capaz de desmontar uno por uno todos los argumentos del juicio, Alba Lucía aún estaría en la cárcel por 40 años más... Todos —el médico, el juez, el fiscal y hasta la corte— no pudieron escucharla, no pudieron descentrarse de su condición de hombres-varones-amos-patriarcas, sujetos universales y únicos referentes del discurso oficial del derecho.

Ejemplos como el de Alba Lucía, hay muchos. Tal vez no todos tan dramáticos pero sí reveladores de la urgencia de un debate que cuestione los planteamientos del feminismo liberal en relación con la pregunta por los derechos de las mujeres. La historia de *Thelma y Louise*, esta película tan bella, nos habla de lo mismo: Thelma y Louise se suicidan porque saben que nadie creerá su historia.

No es tanto del lado de la emisión que existe un problema para las mujeres; es del lado de la recepción. Escucharlas con seriedad es conocer y reconocer su historia de cautiverio, como diría Marcela Lagarde; su historia de esclavitud, decía Cioran; su historia de opresión, decía Simone de Beauvoir; su historia de disciplinamiento, decía Michel Foucault; su historia de dominación, decía Pierre Bourdieu. Y he nombrado concientemente a algunos hombres, porque sé que si

son hombres de la talla de Pierre Bourdieu quienes han calificado la existencia de las mujeres así, lo van a creer. Porque la voz masculina es creíble. El hecho de que Pierre Bourdieu haya dedicado una de sus últimas obras al tema de la dominación masculina ha sido de una importancia mayúscula para el feminismo, aun cuando muchas de sus reflexiones —y él mismo lo señala en su libro— hayan sido esbozadas por autoras feministas contemporáneas y retomadas de ellas. La credibilidad de las voces femeninas es aún muy frágil. La autoridad femenina apenas se está construyendo.

Escuchar a las mujeres es conocer la historia de su cuerpo, un cuerpo históricamente apropiado y utilizado, pero nunca de ellas; escucharlas seriamente es aceptar descentrarse, es saber y reconocer que nuestro marco de interpretación está profundamente sesgado por una ideología patriarcal muy resistente. En el lenguaje encontramos un fenómeno de negación de la diferencia sexual como posible forma productiva de dos subjetividades y sexualidades diversas, dos modalidades diferentes de expresión y conocimiento. Escuchar seriamente a las mujeres es saber esto. Y cuando hablamos el lenguaje común y corriente, hablamos el lenguaje de los hombres, un lenguaje del exilio para nosotras.

Las feministas italianas piensan que el silencio de las mujeres a lo largo de la historia no debe ser interpretado como el hecho de no haber tenido nada que decir, sino como una manifestación de imposibilidad y resistencia. Lo que tenían que decir las mujeres de esa época no encontraba la más mínima posibilidad de ser escuchado. En este sentido, es siempre más interesante buscar en su historia lo que ellas callaban y no tanto lo que decían. De ahí la importancia del encuentro de las mujeres entre sí, que les permite afianzar su palabra y su escritura sin la eterna obligación de pedir préstamos a un sistema de expresión que nunca las tuvo en cuenta.

Siempre he estado en contra de los guetos, pero hoy reconozco la importancia de estos momentos y espacios del «entre nosotras» que permiten a la palabra femenina circular libremente. Lo aprendí y lo viví con el grupo. Esta vivencia colectiva nos permitió un nuevo aprendizaje del habla, de la escucha, de la interpretación; poco a poco nos reconcilió con una lengua verdaderamente materna. La otra, la lengua oficial, es absolutamente paterna: es el logos, el verbo de un dios único, es la lengua del padre. Pero también es cierto que ese aprendizaje no se dio para todas: muchas de nosotras, aun después de más de 15 años de trabajo

con el grupo, no lo lograron... Tal vez siguen demasiado inmersas en la academia, entregadas a ella.

Tengo que confesar que el día que me pensioné sentí una inmensa libertad en relación con el lenguaje y el discurso académico. No hubiera podido escribir *Conversación con un hombre ausente* desde la universidad. Lo pude hacer desde una fidelidad conmigo misma, desde alguna liberación de mi diferencia sexual, tratando de darle cuerpo y palabra a mi ser mujer, sin tener que justificarme frente a un sistema lingüístico que no encontraba concordancia con mi piel, con mi cuerpo. Lo hice sin recurrir a la escritura del otro, cosa que la universidad no me hubiera permitido y aún no permite a nadie. El lenguaje es, como el sujeto que lo habla, sexuado. No puede ser neutro; es sexuado y sólo ahora el mundo está empezando a descubrir y escuchar estos lenguajes signados por otras historias, particularmente por la historia de la diferencia sexual, la más irreductible de todas las diferencias.

He aprendido a escuchar a las mujeres, y sin embargo me siento aún muy patriarcal en este ejercicio. Si hoy día tengo algún éxito con ellas tal vez sea porque soy consciente de ser portadora de otro lenguaje que es casi otro idioma, y de esforzarme por expresarlo. No hablo, o intento no hablar, el lenguaje

de los hombres. Y las mujeres lo sienten. En mis charlas, en mis conferencias, no sólo mi nacionalidad habla, sino mi cuerpo. Incluso cuando me permito ser yo misma —y digo «me permito» porque es un permiso que uno se da, es un regalo que uno aprende poco a poco a hacerse— y cuando me siento a gusto con el auditorio, me extraño a mí misma. No me reconozco y soy de repente una mujer extraviada. Extraviada del mundo de los hombres pero en su propia casa, que es su cuerpo. En verdad es una sensación muy bella que deseo a todas las mujeres del planeta patriarcal.

Sí, este lenguaje desordena; esta manera de habitar el mundo e interpretarlo, esta otra lógica, desordena... Por eso es tan difícil, en un mundo ordenado por hombres, desplazarse de la periferia hacia el centro o simplemente hacerse oír.

Cuántos ejemplos hemos encontrado las mujeres de mi grupo y yo de esta des-equifonía. Cuántos ejemplos hemos visto en la universidad, como las invitaciones que nos hacen para hablar por radio, en entrevistas, en mesas redondas, en seminarios académicos... ¡A veces nos preguntamos por qué nos invitan si no nos escuchan e incluso, a veces, no nos ven! Cuántas veces nos ha tocado arrancar el micrófono a uno de los hombres de la mesa para hacernos ver,

primero, y hacernos oír después; cuántas veces estos amos del saber se creen unos demócratas de primera porque invitaron a unas mujeres a participar en su mesa redonda... Pero estamos y no nos ven, y de hecho no estamos.

Esto es vivir con conciencia de género, con la mirada de la sospecha; es empezar a ser mujer y reconocer que esto tiene sentido en el mundo, y lo tiene de una manera diferente a como opera la conciencia de ser hombre, que ni siquiera es una conciencia para los hombres: ellos son hombres y punto. Y es un hecho tan mundializado, tan banalizado, que no les llega a la conciencia, quiero decir, a una conciencia de género. Están en el centro y nosotras en la periferia. Respiran, piensan y se mueven como hombres, y sospecho que creen que todo ser humano respira y entiende el mundo como ellos, o menos inteligentemente que ellos, pero nunca diferente de como ellos lo hacen, y ni siquiera se percatan de que la diferencia no significa desigualdad, sino eso: diferencia.

Tal vez fue por esto que decidí aceptar la propuesta de Enrique Santos de disponer de un espacio cada 15 días en el diario *El Tiempo*. Me pareció un reto interesante —no tengo formación de periodista y aprender a desarrollar un tema en 3.200 caracteres, es decir,

algo más de una página, cuando desde la academia lo podía hacer en diez o veinte, es todo un aprendizaje—, pensé que podía ayudar a divulgar esta mirada, a socializar este discurso que trata de construir otro saber desde las mujeres, rompiendo con viejos paradigmas, con viejas explicaciones siempre encaminadas a naturalizar concepciones de lo femenino y de lo masculino que justifican la tradicional discriminación de las mujeres. En Colombia son pocas las mujeres que cuentan con la posibilidad de tener un espacio en las páginas editoriales de un periódico de divulgación masiva como *El Tiempo*. Y mucho menos mujeres que se esfuerzan por desatanizar el feminismo o los feminismos mostrando su pertinencia en un país cuyo diagnóstico relativo a la cuestión femenina —derechos sexuales y reproductivos, embarazos adolescentes, violencia intrafamiliar y violaciones de los derechos humanos, entre otras calamidades— está en franco retroceso desde hace unos años.

Por las cartas recibidas en correo electrónico, por las numerosas llamadas telefónicas, por las señales amorosas percibidas en la calle, por los abrazos espontáneos de muchas mujeres desconocidas mientras compro el pan o hago mercado, creo que mi columna en *El Tiempo* está cumpliendo una función

social de la cual me alegro. Falta mucho por hacer, lo sé. Falta mucho trabajo en las regiones, en los lugares olvidados de este país, en sitios cada vez más numerosos a donde no puedo llegar por cuestión de seguridad. Pero creo que estamos empezando a romper esta «des-equifonía»; lo siento, lo percibo.

En mis charlas siento una nueva actitud de escucha por parte de los hombres, un inicio de escucha respetuosa. Preguntan menos desde el macho herido; sus intervenciones son cada vez más pertinentes; sus resistencias a nuestro discurso, cada día más frágiles, más débiles. Por cierto, no estoy diciendo que el patriarcado se haya derrumbado, ¡no! Falta mucho, pero se está fracturando, agrietando, y algunos hombres inteligentes —aquéllos que nos merecen y que entendieron que en la revolución de las mujeres no hay perdedores— se están solidarizando con esta mejor manera de vivir la humanidad que proponemos las mujeres.

Es posible que de vez en cuando escriba con el deseo. Un deseo que va más rápido que la realidad. Sí, pero para mí el deseo siempre ha sido como un horizonte que permite pensar y construir lo posible. Y lo posible es que ya existe una pregunta por la masculinidad.

Todavía la mayoría de los hombres ocupan el centro, lo sé. Pero conozco también algunos hombres cansados de esta insoportable soberbia, de ese poder que les otorgó el patriarcado y que no los ha hecho muy felices. Son hombres fatigados de ese mundo desolado que rodea la verticalidad masculina, de ese heroísmo solitario del macho, de esos ritos de virilidad que no les permiten llorar en público o acariciar a su hijo varón, que les hacen entregar hasta la propia vida por cualquier meta, sea política, laboral o deportiva, o incluso el insignificante logro de llegar primero al cruce de la vía; son hombres cansados de la soledad del poderoso, de ese desierto emocional. Sé de algunos. Y muchos de los hijos varones de las mujeres con quienes trabajo han aceptado ya ese incierto devenir masculino, y han comprendido que las identidades no son inmutables y que la apuesta por nuevos encuentros entre géneros es una de las mejores y más bellas que puedan hacerse en el siglo XXI.

Espero que un día no muy lejano seamos escuchadas y exista «equi-fonía» entre hombres y mujeres; que la humanidad entienda la riqueza de la diversidad y termine por abolir las valoraciones y los preceptos generados por una ideología que discrimina y excluye, esta tenaz ideología de poder que es el patriar-

cado. Un día no muy lejano, espero, podremos oír una sinfonía de múltiples voces que expresarán otros imaginarios menos alienados y algo distanciados del eterno y único imaginario masculino, siempre y cuando la guerra de los hombres no nos aniquile antes.

Tras vivir todo esto me sentí lista para volver a mis raíces, a mi arqueología marina, a mi matria de verdad, ya sin reparos, afanes ni angustias; sólo con el anhelo de encontrarme nuevamente con lo que había tenido que dejar para poder avanzar. Y paradójicamente fue un hombre quien me ayudó a reanudar con mi memoria de niña feliz, de adolescente atormentada por una madre que, sin saberlo, había depositado en mí todas las rebeldías de una condición femenina que aún no había podido revelarse ni exteriorizarse.

La primera vez que se volvieron a ver, más de 25 años después de las últimas caricias marinas de su adolescencia, fue en París, en la estación de Montparnasse, cuando ella, en uno de sus viajes a Francia, tuvo la ocasión de hablar con la tía de la casa de Normandía y ubicar a Martin para hacerle la propuesta loca de encontrarse en París antes de que cada uno volviera a lo suyo, ella en Bogotá y él en Berlín.

Y así fue. Ella lo fue a esperar a la llegada del tren de Estrasburgo en la estación de Montparnasse, un 1º de noviembre, unos días antes de tomar el avión que la devolvería a Bogotá. Hacía 25 años, o algo más, que no se veían ni sabían nada, o casi nada, de la vida del otro. En esos años sólo habían sabido que cada uno se había casado y separado años después. Nada más... Veinticinco años de olvidos que habían tejido tramas tan distintas para ambos. Volver a verse era una empresa loca que cada cual aceptó, tal vez intuyendo que su pasado de amores estivales de adolescentes asombrados era suficientemente sólido para guiarlos en ese encuentro azaroso... Para ella, además, fue la manera de hacerle frente a su genealogía materna, a su madre que había tenido que acallar y apartar con el objeto de lograr su propio advenimiento como mujer. Reencontrarse con ese hombre de alguna manera era reencontrarse con su infancia, su adolescencia, sus nudos «identitarios», a pesar de la muerte de sus padres ocurrida por entonces; era reconocer su adultez de mujer inaugural.

Ella miraba cómo el tren entraba en la estación y sentía los latidos de su corazón acelerados, el cuerpo tensionado, incapaz de controlar esa mariposa enloquecida que moraba en sus entrañas, la emoción a flor

de piel inhabilitando del todo cualquier posibilidad de pensar. Recordaba su sonrisa y el azul de sus ojos, pero habían pasado más de 25 años; recordaba algo de su olor, pero casi 30 años habían pasado; cerró los ojos, resuelta a que la vida decidiese por ella. De repente sintió una presencia, abrió los ojos y lo vio. Ni el uno ni la otra podían articular palabra. No hay palabra para las emociones fuertes. Sólo el silencio permitió el mutuo reconocimiento y les ayudó a vencer casi 30 años de necesarios olvidos e imprevisibles recuerdos. Un silencio que se las arregló para poner sobre la mesa las primeras reglas de juego que regirían entre ellos. Se encaminaron hacia la salida de la estación.

—Necesito un trago —dijo Martin.

—Yo también —respondió ella.

Se dirigieron hacia un café de la plaza, escogieron una mesa, se sentaron de frente y pidieron dos cervezas.

—Te lo suplico, di algo. Desde ya te doy una ventaja porque sé que las mujeres generalmente son seres de palabras, e intuyo que haces parte de ellas.

—Sí, tienes razón, soy una mujer de palabra. Amo la palabra, vivo de las palabras y creo en su poder. Claro que ahora, contigo, no las hay todavía. Déjame mirarte un poco más. Déjame reencontrar tu mirada;

démosle un tiempito de espera a la palabra. Son más de 25 años, Martin...

Él también la miraba, y ella sintió ese pequeño pánico que se apodera de una mujer frente a la mirada intensa de un hombre. Ella tenía 50 años y enfrentaba la mirada de un hombre de su misma edad —la misma, no: nunca puede ser la misma entre una mujer y un hombre. Ella nunca le había prestado demasiada atención a su propia cara, a su piel, a sus arrugas, porque sabía que después de los 40 años una por fin tiene la cara que se merece, y le parecía que la suya era muy propia, y que sus arrugas hacían parte de su hoja de vida. Sin embargo, en ese preciso momento el aleccionamiento de una cultura patriarcal que no ha hecho sino enseñarnos a tener un cuerpo, una piel y una cara para el otro, se hizo sentir. Durante los años de trabajo con su grupo de mujeres había progresado enormemente, pero no lo suficiente: todavía la habitaba una mujer patriarcal. Frente a la mirada de Martin, sentía lo difícil de borrar de un solo tajo los mandamientos culturales, esos hábitos tan profundamente sellados en sus reacciones primarias, en sus emociones a flor de piel que le hacían decir interiormente: «¿Cómo me verá Martin con mis 50 años...?»

—¿Qué? —le preguntó ella.

—No has cambiado. Quiero decir que reencuentro la mujer que dejé de ver hace más de 25 años. Estás ahí, exactamente como te inventaba en el tren que me acercaba a ti.

—Sin embargo, Martin, mucho tiempo ha pasado y no sabes nada de mi vida, como yo no sé nada de la tuya.

—¿Quieres saber algo o estrenamos un tiempo sin pasado?; yo, personalmente, no necesito saber de tu vida colombiana. Empiezo hoy contigo.

—No creo esto posible. Además, no es cierto que empieces hoy conmigo. ¿O te olvidaste de nuestra adolescencia, de nuestros 17 años, de Saint Aubin y los baños de mar nocturnos y prohibidos? Sin esa memoria común, no estaríamos hoy aquí. No estrenamos nada, no iniciamos nada: cerramos un capítulo que quedó inconcluso hace casi 30 años. Y es algo diferente, te cuento.

Se quedaron un rato en silencio, mirándose. Él prendió un cigarrillo, lo que hacen muchos hombres cuando necesitan tiempo antes de recurrir nuevamente a la palabra.

—Sigues fumando.

—No he dejado de fumar en todos estos años.

—Martin, dime, ¿de qué vamos a hablar si no podemos hacer referencias al pasado, si no te puedo con-

tar quién es la Florence que tienes enfrente, si no te puedo contar mis pasiones de hoy, mis amores y mis soledades; si no te puedo decir nada de Colombia, de Bogotá, de *Los estragos del amor*, el libro que acabo de terminar? Necesito contarte algo de mi vida y saber algo de la tuya. Ni siquiera sé si estás enamorado en la actualidad, si vives con una mujer en Berlín... No sé nada. Lo único que sé es que te separaste de tu primera mujer, con quien tuviste un hijo y una hija, y que has tenido otra hija con otra mujer...

—¿Y no es suficiente? ¡Ya siento que vamos a tener líos de género! Florence, te aseguro que entre menos preguntas, mejor. Te lo pido. Y te aseguro que no me importa saber si vives con un hombre ni lo que piensas del amor, de los hombres y de...

—Entonces, Martin, no tengo nada más que decir... No tengo nada que contarte porque no puedo adivinar el futuro. Necesito referirte algo de mi vida actual... Cada arruga mía es un evento de mi vida pasada, y necesito contártelo. Quiero que sepas que las mujeres somos palabras pegadas al cuerpo, somos memoria, somos vida cotidiana, estamos hechas de cosas triviales y banales, somos presente y pasado. La Florence que tienes enfrente es una mujer que ya no puede y no quiere entrar en la lógica de los hombres;

es una mujer diferente a la que conociste hace 30 años, y si no te interesa escucharla, entonces este encuentro no tiene sentido.

—Bueno, tal vez no me hice entender... Por supuesto que quiero saber de ti, pero no de manera convencional ni inquisitiva; no al estilo de estado civil y demás, no. Más bien quiero tratar, si me dejas, de leerte, de adivinarte, de descubrir qué almacenó tu piel desde que te dejé; quiero reconocer a la Florence de nuestros veranos normandos a través de la mujer de hoy, y para esto no necesito saber con quién vives actualmente ni cómo fue tu separación de Manuel ni si estás o no enamorada.

—Ya entiendo mejor... Y tal vez tengas razón, pero es un ejercicio difícil y no sé si voy a estar a la altura. Me parece que en esto hay algo muy femenino, muy arcaicamente femenino... Y ya ves, con más de 10 años de feminismo encima, todavía estoy presa de arcaísmos femeninos, de esa necesidad de saber...

—Mira, Florence, yo estoy aquí, tú estás aquí, tenemos apenas 24 horas en París para reconocernos; una noche y un día porque, como te lo dije por teléfono, tomo nuevamente el tren para Estrasburgo y sigo para Berlín mañana a las seis de la tarde; y en tres días tú estarás en Bogotá. Entonces, te propongo mi-

nimizar al máximo el pasado, o por lo menos ese pasado desconocido de los dos, estos casi 30 años que nunca cabrían en 24 horas. Estamos los dos en París por 24 horas, sin contar algunas horas de sueño. El único pasado que nos puede ayudar aquí y ahora es el común de ambos, ese amor inconcluso de nuestros 17 años. ¿Qué dices?

—Estoy de acuerdo. Tratemos y juguemos a una amnesia de 25 años.

—Bueno, te propongo que dejemos los bolsos de viaje en un hotelito de este mismo barrio y caminemos por París. ¿Cuál París prefieres: Barrio Latino, Saint Germain y las callecitas que bajan hacia el Sena, los jardines del Luxemburgo, o prefieres el otro París, el del Louvre, la Concorde y los Champs Elysées? ¿Cuál?

—Saint Germain para tomar un café en Le Café de Flore… ¿Ya ves por qué?

—No, dímelo tú.

—Pues porque era el café preferido de Simone.

—¿Cuál Simone?

—Por favor, Martin, ¿con quién estás?

—Perdón, perdón… ya sé, Simone, tu madre simbólica.

—Pues sí, Simone de Beauvoir, que escribió parte de su obra en ese café.

—Bueno, haré esa concesión a tu feminismo. Pero dime de verdad, ¿te volviste una feminista dura en Colombia?

—Bueno, bueno, ¿quién está rompiendo las reglas del juego que decidimos? ¡Nada de estos 25 años! Y nada es nada. Veinticuatro horas conmigo te serán suficientes para responder a esta pregunta, ¿no crees?

—De acuerdo.

Dejaron sus bolsos en un hotelito de Montparnasse y caminaron hacia Saint Germain bajando por la Rue de Rennes. Dicen que París es la ciudad del amor, una ciudad hecha para amarse. Pero a las siete de la noche era una capital como cualquiera otra del mundo: una ciudad ruidosa, contaminada y atiborrada de gente afanada. Pero para ellos, no. Para dos exiliados, París seguía siendo un puerto que les permitía anclar la nave de su memoria, de sus años de estudio, la década de los sesenta, nada menos. Desde su Normandía natal, ella había llegado a París en el 63 para terminar sus estudios de psicología y hacer un posgrado en el Instituto de Psicología de la Sorbona. Eran los años de la tímida pero irreversible aparición de la píldora anticonceptiva y de los debates provocados por la famosa liberación sexual que sería la piedra angular de la revolución de las mujeres.

París fue el lugar de sus primeros encuentros con una feminidad problemática. Esos años fueron para ella un abono que daría sus frutos años más tarde en Colombia. París la confrontó por primera vez, aunque todavía de manera confusa, con el significado de haber nacido mujer, de tener un cuerpo de mujer, porque la cuestión femenina y la sexualidad femenina estaban presentes en todos los debates. Simone de Beauvoir también. Incluso ya se hablaba del aborto y de la posibilidad de darle un estatus legal. Faltaban casi 15 años para lograrlo, pero ya algunas mujeres se atrevían a visibilizar lo que significaba el aborto en un momento en que ellas hacían suya una afirmación que se volvería célebre algo más tarde, durante mayo del 68: «Mi cuerpo es mío». El suyo todavía no le era propio, y faltaban aún muchos años para que entendiera el sentido histórico de semejante afirmación que despertaría tantos chistes sexistas por parte de los hombres e incluso de las mismas mujeres. París, para estos dos exiliados, él en Berlín y ella en Bogotá, era todo esto y sería a la vez, y para siempre, lo que ellos hicieran de ese encuentro.

Ya en Le Café de Flore, se sentaron en una de esas viejas poltronas de cuero que todavía existen en algunos cafés de París, pidieron un café y Martin prendió

un cigarrillo. En los cafés parisinos de entonces, más de 25 años después de mayo del 68, sigue siendo felizmente «prohibido prohibir», y por eso siguen siendo uno de los últimos paraísos de los fumadores.

—De pronto estoy sentada en la misma silla en la que se sentaba Simone de Beauvoir.

—¿Y? —preguntó Martin.

—No, nada. Sólo estoy pensando en mis años parisienses de la década de los sesenta. Quisiera volver a vivir esa década, pero con los años que tengo ahora. En ese entonces era una observadora pasiva; aún no podía vibrar por todo lo que se estaba gestando; no estaba lista. Ni siquiera había leído *El segundo sexo* y Simone de Beauvoir era para mí una mujer extravagante, irreverente, una feminista alocada, compañera de Sartre, ese filósofo existencialista que sí habíamos leído en las clases de filosofía de bachillerato. De Simone, poco nos hablaban, aun cuando tuve una profesora que sí la nombró.

—Bueno, ¿y hoy qué representa para ti Simone?

—Hace relativamente poco, unos 10 años, con mi grupo de mujeres en Bogotá, la descubrí y la leí seriamente. Simone fue para nosotras una referencia teórica obligada de la construcción paulatina de nuestro feminismo. *El segundo sexo* se convirtió para nosotras

en una especie de Biblia. O si quieres, algo como *El capital* de Marx para los marxistas. Sus memorias nos cuestionaron más que cualquier otra lectura de ese momento. Sus novelas, y a mí muy particularmente su novela semiautobiográfica *Les mandarins,* me movió mucho el piso. Su nueva concepción del amor me persiguió, me provocó durante mucho tiempo. No sé si un hombre puede entender lo que una mujer como ella puede significar para un grupo de mujeres que en América latina, en Colombia, deciden trabajarse a sí mismas para volverse capaces de influir algo sobre esta tenaz cultura patriarcal. ¿Te estoy aburriendo?

—No, en absoluto. Esto me permite, sin pasar por un cuestionamiento inquisitivo, entender mejor tu vida en Colombia. Sigue hablándome de Simone de Beauvoir. Pediré una cerveza para escucharte mejor.

—¿Sabes?, una vez en una conferencia que dicté en Medellín sobre el cambio de siglo, me dirigí a Simone de Beauvoir para darle las gracias por lo que había representado para nosotras, las mujeres de mi generación. Recuerdo que fue emocionante porque le hablaba como si estuviera presente, sentada en el auditorio. Entre otras cosas, le dije que ella había sido, para millones de mujeres de mi generación, como un faro pro-

fundamente marianista, es decir maternalista, por lo menos en Colombia. Le di las gracias por haber puesto en palabras y por develar con una argumentación que ni siquiera Lacan se atrevió a confrontar, ese malestar de la condición femenina de la primera mitad del siglo xx. Esa magistral frase que abre *El segundo sexo:* «La mujer no nace; se hace», nos sirvió de guía para entender los sutiles mecanismos de disciplinamiento que una cultura utiliza para construir una manera de ser mujer, o más exactamente, de no ser mujer, hecho tan bien utilizado por nuestros padres, hermanos, maridos y amantes, quienes bien representan, incluso sin darse cuenta, a los patriarcas de antaño.

—Un momento, ¡no todos somos patriarcas!

—Todos lo son, Martin. Y la mayoría de las mujeres también.

—¿Yo soy patriarcal?

—Por supuesto que sí. Y no lo tomes como un insulto. Tú eres producto de una ideología que, al lado de los múltiples privilegios que te otorgó por la simple razón de haber nacido varón, también te lesionó y moldeó tu identidad sin que seas del todo consciente de ello.

—¿Y en qué soy patriarcal?

—En tu manera de ser hombre, simplemente. En tu manera de ocupar el espacio, de ser padre ausente,

de amar, de hablar de las mujeres... Y puedo decirlo a pesar de no haberte visto y no saber casi nada de ti en todo este tiempo.

—Ya. ¡No más, por favor! ¿En mi manera de hacer el amor también?

—No lo sé con seguridad... Te lo diré mañana, pero intuyo que sí. ¿Qué querías oír? Si mi memoria no falla, dentro de los parámetros patriarcales eres un buen amante, Martin. Pero lo eres porque todavía las mujeres nos mimetizamos en el deseo masculino y tenemos un erotismo en el exilio, sin patria, porque todavía los dejamos decidir... Con esto no te estoy diciendo que no haya patriarcas de patriarcas, y prácticas de prácticas. Claro que sí. Pero eres patriarca, eres macho, de eso no hay duda. Mis hijos son machos y patriarcas aun cuando han vivido siempre conmigo, a pesar de que ya existen pequeñas rupturas y se distancian de muchos machos. Se puede ser un macho tierno, como tú.

—¡Uffff! Y todo esto por el hecho de que estamos en Le Café de Flore.

—Sí, tal vez, pero para mí es importante estar aquí ahora contigo, hablando de Simone de Beauvoir; es una manera de hablarte de mí. ¿No te parece?

—Sí. Pero quiero preguntarte algo.

—Pregunta.

—Cada vez que estás con un hombre, cada vez que haces el amor, ¿piensas en todo ese rollo? ¿Cómo se vive así, cómo es vivir como feminista?

—Es vivir como cualquiera otra mujer. Sólo que con una conciencia más despierta y más crítica que permite analizar ciertos eventos y momentos de la vida y resignificarla a la luz de este nuevo conocimiento que mujeres como yo están construyendo poco a poco. Es crecer gracias a esa mirada de la sospecha que nos hace deconstruir viejas explicaciones, derrumbar viejas verdades, viejos paradigmas y antiguas certidumbres. Es asumir la soberanía sobre una misma, sobre los deseos propios y el propio cuerpo. Es entrar en el universo de la duda y volverse vigilante en relación con la circulación del poder. Es como aprender a desmontar la mecánica de la vida cotidiana... ¿Qué más puedo decirte?... Pero esa conciencia se construye poco a poco y no es permanente: es un lento aprendizaje, por lo menos en mi caso. No me impide y ni me impedirá nunca, espero, tener sentido del humor, reír de mí misma a veces, cocinar rico, amar, cantar y disfrutar de los amigos y de las amigas... ¿O qué crees?

—No, no creo nada, por algo te pregunto.

—¿Y te sientes satisfecho con mi respuesta?

—No sé… no del todo.

—¿Por qué?

—No sé exactamente por qué.

—Bueno, mientras aclaras tus dudas, caminemos un poco.

—De acuerdo.

Caminaron lentamente por la Rue de Bonaparte hasta llegar al Sena. En el Pont des Arts tocaba un conjunto espontáneo de jazz. Ellos se mezclaron con los turistas para oír esta música del exilio que traducía otra historia de discriminación, esta vez no de género sino de etnia. Escucharon en silencio porque a veces frente a la evidencia éste se impone. Más tarde entraron en una *trattoria* italiana y comieron unas pastas con sabor a mediterráneo acompañadas de un Beaujolais transparente. Ella tenía la conciencia clara de vivir momentos intensos que le hacían recordar algunas escenas de la película *Un hombre y una mujer* de Lelouch. Como en la película, tenía dificultad para hacer la parte de la ficción y de la realidad. El tiempo, de alguna manera, se había detenido o tal vez estaba devolviéndose, y dejaba que la memoria impusiera las reglas del juego. La memoria de su adolescencia, de ese otro tiempo feliz y atormentado.

—¿Sabes una cosa? Siento que esta noche, un poco gracias a ti, reanudo con mi memoria de niña fe-

liz, de adolescencia atormentada por una madre trágica, de mujer que siente que es posible tener dos patrias, o mejor, dos matrias, y que la reconciliación de los géneros es posible.

—Definitivamente eres una mujer extraña.

—¿Extraña porque siento todo esto contigo o porque soy una feminista optimista?

—No sé. Tal vez por las dos cosas.

A las doce de la noche y después de haber oído otro concierto, esta vez de música barroca en la iglesia de Saint Severin, decidieron tomar uno de los últimos metros para llegar nuevamente a Montparnasse. Llegaron en silencio hasta el hotel. La alcoba era pequeña pero confortable. Una cama doble ocupaba casi todo el espacio. No había lugar para las palabras. Ambos sabían que casi no había nada que decir; el tiempo era para otro registro, otro lenguaje, otra escritura. Y para un hombre y una mujer de los noventa, esa otra escritura se había vuelto casi tan compleja como la fonética. La revolución sexual había dejado profundas huellas en las mujeres, en sus inaugurales demandas de un cuerpo que no dejaba de asombrarlas. Y también en los fantasmas masculinos frente a ese nuevo sujeto inesperado llamado mujer. Ella lo sabía y los dos eran conscientes de que habían dejado inconclusa una espera que hoy tenía casi 30 años.

En sus adolescencias de pieles saladas, a sus 17 años, siempre habían sabido hacer circular el deseo sin permitir que se agotara. Conocieron la espera, la exasperación del deseo, los límites; pero nunca se habían permitido ir más allá. Tenían 17, 18 años en los sesenta, y esa sinfonía marina que escribían sus cuerpos se había quedado sin cierre. Ahora, mucho tiempo después, tenían la posibilidad de escribir el final, de concluir, conscientes de que ese pasado-presente del cual no querían hablar, lo quisieran o no, iba a ser definitivo.

Martin ya se había desvestido. Para él, hombre de medio siglo, ese sencillo acto de desnudarse no era ningún problema. Como a todos los hombres, la cultura le había otorgado un cuerpo amo, un cuerpo dueño. Ella, sentada en el borde de la cama, estaba inmóvil. Una década de feminismo no era suficiente para liberarse de ese miedo ancestral frente a la mirada masculina sobre su cuerpo. Sentía una vez más que éste no era del todo suyo, que tenía que entrar de algún modo en esa mirada masculina marcada por miles de años de apropiación. Sentía que su cuerpo no iba a ser amado o simplemente mirado tal y como era, sino tal y como debía ser: joven, bello y aséptico. La revolución de las mujeres ya tenía más de dos décadas de

camino, y si bien el patriarcado se había fracturado, le faltaba mucho para derrumbarse del todo.

—¿Qué te pasa, Florence?

—Tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—Miedo. Miedo de enfrentar algo que tal vez no deberíamos enfrentar. Miedo de concluir algo, de mí misma, de la jugada que nos pueden hacer esos 30 años que tratamos de negar.

—Florence, deja de pensar. Desvístete y ven. Tenemos el presente en nuestras manos, sólo el presente. Por favor, no lo contamines. Ven, te voy a desvestir, ¿quieres?

—Martin, quiero que sepas que las mujeres no estamos hechas del mismo material que los hombres. No me pidas que deje de pensar en este momento, que paralice mis miedos... No me pidas lo imposible. Así soy, Martin. Tranquilo, me voy a desvestir, pero no me siento capaz de hacerlo con la misma tranquilidad que tú. Tengo 50 años, Martin. Los mismos 50 años tuyos, y los tan distintos 50 años tuyos. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo. No entiendo del todo, pero de acuerdo.

—¿Quieres que te lo explique?

—¡No! No quiero. Lo único que quiero es que te acuestes a mi lado y te dejes sorprender.

—¿Me vas a sorprender? Sí, es lo que creen todos los hombres... ¿Y qué pasa si soy yo la que te sorprende?

—Si seguimos así, seguro que vas a ser tú quien me sorprenda...

—¿Y no quieres dejarte sorprender?

—De esa manera, no.

—¿De cuál manera?

—Mira, Florence, quiero paralizar esta maquinaria infernal del pensamiento.

—Sí, tienes razón.

Ella se desvistió lentamente. Una vez desnuda, cogió la camisa de Martin y se la puso...: un viejo reflejo de mujer aún insegura con un cuerpo que escapaba a su control, con un cuerpo que a veces seguía irritándola por ser portador de tantas historias de apropiación, de cautiverio y maltrato. Se acostó al lado de Martin, decidida, una vez más, a hacer un esfuerzo para detener la película en negro y blanco de sus pensamientos. Apagó la luz y se alegró de ver esa otra luz tenue de la noche que entraba por la ventana. Su cuerpo aguantaba esa luz mucho mejor que los 100 vatios del bombillo de la lámpara. Cerró los ojos y trató de entregarse al presente. Martin encendió un cigarrillo y ella pensó que si él necesitaba un cigarrillo en ese preciso

momento era porque tampoco se sentía tan seguro. Pero de repente apagó el cigarrillo apenas iniciado.

—¿En qué piensas, Martin?

—Tú sabes que no pienso, existo. Sólo existo.

—No te creo.

Entonces empezó a acariciarla despacio, sin afán, y la palabra dejó lugar a ese otro lenguaje que ellos ya conocían, el de los dedos que imprimen sobre ese papel milenario y enervado que es la piel. Ese lenguaje que existió antes que cualquier otro, que tenía millones de años y seguía traduciendo esa eterna necesidad humana de fusión, de colmar un vacío sin sentido y sin nombre, de calmar esa búsqueda inédita, incierta y siempre inconclusa del otro. Se dejaba acariciar como algo ya inevitable. Sólo el ritmo de su respiración, de sus respiraciones, atestiguaba la presencia del tiempo, porque el espacio, plasmado en la geografía de sus cuerpos, lo estaba llenando todo. Sí, casi 30 años no habían pasado en vano en ese ejercicio que consiste en despertar y mantener vivo el mayor tiempo posible el deseo del otro, ese ejercicio tan específicamente humano llamado erotismo. Las manos de Martin le hablaban de otras pieles, por supuesto, y las manos de ella también. Pero esa noche de noviembre en París, esa única noche que se regalaban después de tanto tiempo

de espera, les devolvía las sensaciones, los sabores, los olores, los temores y los silencios de su adolescencia, sólo que más agudos, más sabios, tal vez más adultos. Otra vez llegaban al límite, como en los 17 años, pero esta vez era un límite que podían traspasar. Y lo traspasaron. Ella necesitaba tiempo para el placer. Y lo había tenido. Milagrosamente, lo había tenido.

De repente, oyó la campana de una iglesia cercana. Eran las tres de la mañana. Hacía tres horas que se amaban sin pronunciar una sola palabra. Como debía ser: sin una sola promesa. Sus cuerpos habían estado a la altura, y los dos lo sabían. Todo lo que se podían dar, se lo habían dado en un presente inquebrantable, con la intuición de que sólo se podían encontrar así, en un presente sin perspectiva. Con la intuición de que el amor, ese amor suyo, no debía pedir más porque había encontrado sus exactas medidas.

Se despertaron a las diez de la mañana, con sed. Él se levantó, entró al baño y le trajo un vaso lleno de agua. Lo bebió sin respirar.

—Martin, robaste toda la humedad disponible de mi cuerpo.

—Y tú, la mía.

—¿Quieres dormir más?

—No, quiero fumar un cigarrillo y volver a amarte.

—¿Más?

—Más, no sé, pero sí otra vez.

Prendió un Gitanes, espiró el humo azul varias veces, ese humo que entre los hombres tan a menudo toma el lugar de la palabra: fuman para no tener que hablar.

—¿Por qué no hablamos un poco?

—Todavía no, por favor.

—Bueno, entonces te propongo amarme mientras hablamos.

—Olvídate. Son dos cosas absolutamente incompatibles... Por lo menos, para mí. Ni siquiera puedo pensar mientras amo.

—¡Tenías que ser hombre!

—Eso sí, por si no te habías dado cuenta todavía, soy hombre y me propongo demostrártelo otra vez.

—¡No! Detesto las demostraciones de hombría. No me demuestres nada.

—Mírame.

—Te miro.

—¿Qué ves?

—Me rindo. Me callo y me dejaré amar otra vez.

Volvieron a amarse en esa tibieza particular de los cuerpos al despertar; de cuerpos impregnados de to-

dos los olores de una noche de amor, de cuerpos que ya se reconocían. Se amaron más rápidamente, más violentamente, más despiadadamente. Se amaron como poniendo la firma a un acto concluso, como si sus cuerpos hubieran sabido que era necesario dejar una huella capaz de desafiar el olvido y la distancia que los esperaban a la vuelta de unas cuantas horas.

Se bañaron juntos en el estrecho espacio de una ducha parisiense, de ésas que caben en un armario... Se vistieron y salieron a buscar un café y unos *croissants* que pudieran calmar ese hambre poscoito. Martin era un hombre que a manera de desayuno sólo tomaba café acompañado de un cigarrillo. Florence acostumbrada a los desayunos bogotanos, se tomó un jugo de naranja, dos *croissantts* y dos cafés.

—Bueno, ahora ¿qué hacemos?

—¿Qué quieres? —preguntó Martin—. Podemos buscar un buen cine, podemos caminar, podemos volver a la cama... Tú escoges.

—Vayamos al Jardín del Luxemburgo. Ese jardín me evoca el París de mis años de psicología, de mis encuentros con Manuel, de mí...

—Mejor dicho, un peregrinaje.

—Algo así. Pero te prometo no romper las reglas del juego: un peregrinaje silencioso. En tres días estaré en Bogotá.

—Bueno, vamos.

París había amanecido soleado, con esa luz particular del otoño que sólo algunos impresionistas han podido traducir. Sin embargo, a veces en Bogotá, entre las cinco y media y las seis de la tarde, ella había podido encontrar esa luz anaranjada, rosada o violeta, una luz tímida pero esplendorosa en el momento de acariciar de manera muy breve las faldas de la cordillera que bordea la ciudad. Esa luz particular de algunas tardes de Bogotá muy seguramente contribuía en ese extraño amor que ella sentía por esta ciudad. El jardín del Luxemburgo era esplendoroso; los árboles todavía cubiertos de follaje en todos los tonos de amarillos y rojizos. Pasearon lentamente y ella, rompiendo por segunda vez el acuerdo, le habló de Colombia; sentía que no podía estar más tiempo con ese hombre sin entregarle algo de su vida en Colombia. No tenía mucho sentido estar con él si no podía hablarle de esa otra tierra ahora tan suya. Tenía que ser capaz de explicarle qué hacía allá, tan lejos del otoño francés, de las cuatro estaciones que le hacían tanta falta en Bogotá, de la vida ordinaria que había conocido en su ciudad natal de Ruán, de ese mar eternamente frío en el pueblito de sus vacaciones… En fin, tan lejos de sus referencias vitales y subjetivas.

Se sentaron en un banco del parque y ella empezó a hablarle de Colombia. Así, sin premeditación, sin pensarlo mucho, dejando fluir las palabras. Le habló de esta tierra tan contradictoria, acogedora y violenta a la vez. No trató de darle una explicación coherente a las guerras que vivía el país, al menos a las guerras que ella conocía, porque guerras y violencias marcaban el calendario colombiano desde mucho antes de su llegada. Le habló de las mujeres colombianas, esas mujeres que ella empezaba a conocer; le habló de la Universidad Nacional, donde ella había pasado gran parte de su vida profesional, y también de sus amigos y amigas, de su grupo de mujeres que ya tenía algunos años y que empezaba a ser reconocido no sólo en Bogotá, sino en todo el país; le habló de su apartamento de la calle 65, de su terraza, de sus matas, de su cocina; le habló de Villa de Leiva, donde esperaba poder llevarlo un día…

—¿Vendrás? —le preguntó.

—No lo sé.

—Verdad, se me había olvidado. Nada de proyectos comunes. ¿Pero vendrás?

—No lo sé. Simplemente no lo sé, y no preguntes.

—Tienes razón.

—Florence, quisiera que el tiempo se detuviera, pero ahí está el maldito principio de realidad y tenemos que volver al hotel a buscar los bolsos. Mi tren para Estrasburgo sale en algo más de una hora.

Encontraron un bus que los condujo de nuevo al hotel. Durante el corto viaje estuvieron en silencio. Miraban las calles de París como si fueran las últimas imágenes de una película que llega a su fin. Y quedaba tanto por decir, por saber, por sentir, que sólo el silencio se imponía como en el final de una buena película donde todo queda por decir, porque ninguna historia se resuelve con la mágica palabra «fin». Ellos lo sabían; el resto de sus vidas se jugaba en otro idioma, la de Martin en Berlín y en alemán, la de Florence en Bogotá y en español, con tramas muy distintas, con horarios cruzados, con otros amores y otras prácticas: él trabajaba en la reconstrucción de Berlín, ella en la construcción de una identidad femenina capaz de resignificar el paradigma de mujer.

Y si bien no podía saber con exactitud lo que significaba para Martin ese breve encuentro, a ella le había permitido reencontrarse con su tierra natal, con esa rica patria que podía ahora llamar matria porque la imagen de una madre con quien no había podido construir complicidad, ni siquiera sentir rivalidad, si-

no sólo rabia porque ella había tratado de hacerle asumir todas sus frustraciones, se estaba fraccionando, dejando lugar a otra, esta vez una imagen de madre posible. ¿Por qué con ese hombre? ¿Por qué después de tanto tiempo? Tal vez porque él, por el lugar particular que ocupó durante su adolescencia, de alguna manera condensaba todos los traumas y los nudos de su relación con su madre. Tal vez porque para ella, gracias a su grupo de mujeres en Bogotá, el tiempo de las mujeres se había iniciado y sentía entonces que ya era capaz de encontrarse con la madre sin tener que vencerla, substituirla o negarla para devenir ella misma.

Ese encuentro debería marcar el inicio de un amor posible entre madre e hija. Y realizar esto con un hombre tenía un sentido particular para su extraño feminismo. Tal vez quería reiterar que nunca se trató de una guerra de sexos. Su feminismo empezaba en su cuerpo, en su subjetividad, en su patio de atrás y en su casa en cuanto experiencia vital que le permitía atravesar críticamente la cultura patriarcal, la cultura masculina. El suyo era un feminismo que nunca negaría una noche de buen amor con un hombre ya no tan amo ni tan patriarca; un feminismo que reconocía las profundas heridas que una ideología de exclusión y de poder había dejado también en los hombres; un feminismo

vehemente pero incapaz de negar la complejidad de las historias personales de cada cual, incapaz de negar el goce de una noche de lentas caricias entre mujeres solas y hombres asustados; un feminismo que estaba tratando de descubrir mejores maneras de vivir nuestra humanidad; un feminismo que tal vez no era más, u otra cosa, que la construcción de una democracia radical. Y una democracia radical nunca existirá si no reconocen los aportes del feminismo.

Habían llegado al hotel, donde recogieron sus bolsos. Entraron en la estación de Montparnasse a esperar el tren para Estrasburgo. Fue un adiós corto y sin dramatismos. Tal vez se verían el año siguiente, tal vez en dos años. No lo sabían. Lo único seguro, por lo menos para ella, se había inscrito en su piel, en su memoria, y ya hacía parte de su historia. Una historia de mujer. La historia del nacimiento de una mujer que quería llenar este concepto de todas las posibilidades para una humanidad verdaderamente mixta, diversa y reconciliada.

Bogotá, diciembre de 2002

Otros títulos:

La mujer tiene la palabra
Florence Thomas

Más allá del terror
Luis Carlos Restrepo

Diez mujeres notables en la historia de América Latina
James y Linda Henderson

Cómo hacer periodismo
Varios autores

Los muertos no hablan
Paco Gómez Nadal

Placer, dinero y pecado
Edición y compilación de
Aída Martínez y Pablo Rodríguez

Ráfagas de tiempo
Plinio Apuleyo Mendoza

Nada es para siempre
Jotamario Arbeláez

Los nuevos centros de la esfera
William Ospina

Florence Thomas

Género: Femenino

Soy francesa. Escribo en español. Mi lengua materna es el francés y fue mi único idioma hasta que cumplí 24 años. Hoy sueño, pienso y escribo en español.

Hace 35 años, cuando llegué a Colombia, escasamente sabía decir «sí» y «no» en español. Llegué por amor, por amor a un colombiano, y como es bien sabido, éste es el mejor motivo que existe para aprender un idioma, porque permite adentrarse en él desde el cuerpo, la piel, las caricias, la lengua, y sus palabras más dulces. (…)

Algo más tarde, trabajando como docente en la Universidad Nacional de Colombia, continué mi iniciación en el español por medio de una extraña mezcla de palabras propias del saber psico-sociológico (…) y de un vocabulario político específico de los años setenta y ochenta del *campus* universitario. Conocí los vocablos «Juco», «Moir» y «mamerto» antes de conocer palabras como «escoba» o «níspero»… (…)

Soy francesa y nadie lo duda, pues el acento —esa particular imposibilidad de pronunciar las eres que me obliga a decirles aves a los pájaros y automóviles a los carros— no me ha abandonado. Me gusta que así sea, (…) es mi manera de asumir mis dos mundos —esas dos patrias que poco a poco se volvieron *matrias*—, de no olvidar mi infancia, mi memoria de olores, de estaciones, de mares fríos —soy normanda—, mi memoria blanca de nieves y de *croissants chauds* los domingos.

Soy francesa, pero casi nunca escribo en francés. Pienso, sueño, me enamoro y escribo en español. La palabra «mujer» ya no puede ser *femme*; la palabra «hombre» ya no puede ser *homme*. Pero las palabras «amor» y *amour* afortunadamente siguen casi confundidas. (…)

AGUILAR

9 789587 040623